

BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

sangre para una ópera rock



CURTIS GARLAND



Scarlett podía volver a cantar. Y a tocar su guitarra. Sobre todo, tocar su guitarra. Los temas folk saldrían fácilmente de su vibrante garganta. Siempre había sido así. Pero ella no era un jilguero. Cuando se veía enjaulada, no podía cantar. Y había llevado un tiempo en la más desagradable de las jaulas imaginables.

Ahora, todo eso quedaba atrás. Acababan de abrirle las puertas de la prisión. Le habían devuelto sus cosas, incluso su guitarra. Y unas guardianas, le habían deseado suerte. Y que nunca más volviera allí.

Scarlett, en ese sentido, fue concreta, rotunda. Casi agresiva:

—Seguro. No volveré. Nunca. Si alguna vez he de ir a alguna parte... será a la Morgue. Pero nunca aquí. Lo juro.



Curtis Garland

Sangre para una ópera rock

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1375

ePub r1.0

Titivillus 10-12-2019

Título original: *Sangre para una ópera rock*
Curtis Garland, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Scarlett ya era libre.

Scarlett podía volver a cantar. Y a tocar su guitarra. Sobre todo, tocar su guitarra. Los temas folk saldrían fácilmente de su vibrante garganta. Siempre había sido así. Pero ella no era un jilguero. Cuando se veía enjaulada, no podía cantar. Y había llevado un tiempo en la más desagradable de las jaulas imaginables.

Ahora, todo eso quedaba atrás. Acababan de abrirle las puertas de la prisión. Le habían devuelto sus cosas, incluso su guitarra. Y unas guardianas, le habían deseado suerte. Y que nunca más volviera allí. Scarlett, en ese sentido, fue concreta, rotunda. Casi agresiva:

—Seguro. No volveré. Nunca. Si alguna vez he de ir a alguna parte... será a la Morgue. Pero nunca aquí. Lo juro.

Recogió sus cosas. Apenas sonrió, hizo un vago gesto de despedida. Y cruzó la verja. Salió al exterior. A la libertad. A la vida...

Con sus viejas ropas de siempre: los *blue jeans* deshilachados, la camisa india translúcida, color azul suave, las zapatillas deportivas, la guitarra en bandolera, y la bolsa de dril desvaído, con sus escasas pertenencias. Era todo o casi todo, lo que poseía en el mundo. Aquello, y sus amarguras. Sus decepciones. Su vida rota. O casi rota...

No le parecieron las cosas muy diferentes. En aquel largo año de encierro, todo parecía haber seguido igual, allá en el exterior. Los coches en la carretera, las luces en derredor, salpicando el paraje desolado, abundante en zonas oscuras. Rehuyó la parada más cercana del *bus*. No quería tomarlo allí. La gente siempre notaba cuando salía de la cárcel alguna. Miraban con recelo, con desprecio. A veces, hasta con miedo. La gente nunca perdona ciertas cosas. La gente rara vez da oportunidades a quienes las necesitan. Scarlett sabía un poco de todo eso. Lo había aprendido a sus expensas. En una escuela muy dura y muy ingrata. A esa escuela, unos la llamaban «la vida». Otros, «el mundo». Ella, decía que esa escuela tendría un buen nombre, mejor que todos éstos: «la basura», «el estercolero», quizá.

No, Scarlett no pensaba bien de las cosas. Ni de las personas. Ni de nada ni de nadie. Tenía sus motivos. Pero no acostumbraba nunca mencionarlos. No valía la pena. No la hubieran entendido. Nunca querían entender.

Había otras luces más lejanas. La ciudad. Se estremeció. Casi sintió náuseas.

¡La ciudad! Evocó asfalto, suciedad, luces parpadeantes, música folk en cualquier esquina de los suburbios, hambre y soledad. Hastío de alcohol, pero sed de cariño... de ternura, de afectos humanos. Colmenas para hombres y mujeres, lucha dura, difícil, ausencia de amistad, de fe, de amor.

Eso era la ciudad para ella. Eso, y poco más. Ninguna cosa agradable. Pero no podía abandonarla. Ya no podía irse de allí. En la granja de Indiana ya no la querría nadie. Había roto hacía tiempo con todo eso. Aceptó un camino. Equivocado o no, era su camino. Y debía seguirlo.

El *bus* hizo sonar el claxon a sus espaldas. Giró la cabeza, echándose algo más hacia la cuneta. Las luces del coche de línea desfilaron ante ella. El conductor la miró. No estuvo segura si lo hacía para detenerse a cualquier gesto de ella, o sólo por la insana curiosidad de conocer a una reclusa más. No debía ser la única que rehuía el trayecto en autobús, al salir de la cárcel. Siempre daba un poco de vergüenza todo aquello...

El autobús se perdió en la distancia, tras una curva de la carretera, donde un enorme cartel publicitario anunciaba, bajo dos brillantes luces, las idílicas vacaciones en las islas Hawai. Una muchacha en bikini practicaba el *surf*, frente a las idílicas playas de Waikiki.

Dejó atrás también ese cartel absurdo. Scarlett pensó en la cantidad de estupideces que se podían vender gracias al monstruo voraz de la publicidad. Era un mundo de locos. De alguna parte le llegó el sonido de una balada folk en la voz de Bob Dylan, interrumpiendo el hilo de sus fragmentados pensamientos y recuerdos.

Rodeó la curva de la cinta de asfalto justo en ese momento. Y descubrió a los tres jóvenes de las «Harley Davidson».

Eran tres muchachos de largos cabellos, chaquetas escarlata de cuero, con adhesivos diversos. Se apoyaban sus potentes motocicletas, sobre una de las cuales un transistor emitía la música de Dylan.

No le gustaron. Dominó con dificultad un escalofrío. Nunca le gustaban los grupos de hombres como aquéllos. Eran mozalbetes audaces, muchas veces agresivos. Acostumbraban a ser cobardes, si se encontraban solos y aislados. En grupo eran temibles. Incluso peligrosos. A Scarlett le hubiera gustado más dar media vuelta antes de rodear la curva. O haber tomado el autobús. Pero ya era tarde en ambos casos.

Ellos la miraron. Tampoco le gustó su mirada. Uno elevó el tono del transistor. La voz de Dylan se expandió por el descampado. Otro de los jóvenes rezongó algo, diciendo que no le gustaba el cantante. Y cambió la emisora.

Brotó una irritante música de percusión. Dado el alto volumen del aparato de radio, se hizo estruendosa. Uno de ellos silbó, acompañando la pieza musical. Los otros dos empezaron a moverse hacia ella, con sus manos hundidas en los ceñidos pantalones.

—¿Qué te pasa, preciosa? —preguntó uno—. ¿No te gusta la música?

Scarlett se encogió de hombros. Siguió andando sin responder. Con el rabillo del ojo, comprobó que los dos muchachos la seguían. Y el tercero, disimuladamente, cambiaba de emplazamiento, para cerrarle cualquier posible salida en esa dirección.

Un instintivo terror asaltó a la muchacha. Notaba las manos húmedas y frías. Recordó cosas horribles. Cosas que parecían enterrabas para siempre en el pasado. Cosas que nunca debieron suceder... Cosas que ella no entendía. Pero que los demás decían que sí debía entenderlas. Y pagarlas.

Pagarlas...

Bien. Ya había pagado. Con creces.

Y eso que decían que el juez fue benévolo con ella. Incluso la policía. Y el fiscal acusador... Benévolos... Eso decían los demás. Ella no lo creía así. Ella no podía aceptarlo. No era culpa suya. No hizo nada malo. Pero ¿quién podía creerla? ¿Quién iba a admitir sus protestas de inocencia?

Nadie las había escuchado. Para todos, fue culpable. Sí, entonces había que admitir que fueron benévolos. Pudieron haberla destruido para siempre. Pudieron haberla dejado en aquella maldita celda, por años y años...

«Estos malditos muchachos...». Sentía miedo. Mucho miedo. Estaba

aterrorizada. Los sentía tras de sí, muy cerca. Su aliento le rozaba la nuca. Olía a macho. También a ginebra y a Coca-Cola.

Le dio asco. Náuseas otra vez... No podía evitarlo...

—Oye, preciosa, espera. ¿Por qué tanta prisa en irte?

Y la mano. Aquella mano de hombre. Ruda, viril, fuerte. Aferrándole el brazo. Impidiendo que siguiera. Una mano agresiva, hosca. Apenas si tenía vello. Pero aun así, le daba miedo. Era como la zarpa de un animal. Un animal joven. Igualmente peligroso. Sediento de muchas cosas.

—Espera —dijo el otro—. No vamos a comerte, seguro... ¿Tan feos somos?

Feos... ¿Qué importaba eso? Podían ser dos Apolos, dos *teenagers* hermosos y viriles. No contaba para ella. Eran hombres. Eso *sí* contaba. ¡Hombres! El macho de la especie. Brutal, áspero, superior... Ella sabía de eso. Lo había experimentado ya en su carne de virgen. En otro tiempo, claro. Atrás. Antes de todo lo demás. Acaso fue el principio de todo. O el final. Nunca se sabía...

—Es muy bonita —sonó más lejana la voz del tercero—. ¡Y qué tipo! ¿Habéis visto su trasero?

Sí. Lo habían visto. Uno de los muchachos la palmeó, soez, en la nalga. El otro fue más lejos. La sobó suciamente. Era un cerdo, un libidinoso, a sus dieciocho o diecinueve años mal cumplidos. ¡El maldito hijo de zorra! Estaba habituado a tratar a ramera. Pero ella no era una cualquiera.

—¡Aparta tus sucias manos de mí, puerco! —gritó con repentina rabia, revolviéndose.

Y al no soltarla él, le disparó su mano engarfiada.

Las uñas de Scarlett rasgaron profundamente la epidermis de la mano del muchacho. Éste gritó, rabioso. Retiró su diestra. Cuatro surcos goteantes de sangre hendían la superficie de su dorso.

—¡Mala puta! —aulló, rabioso. Y de repente, la abofeteó con ira.

Scarlett no esperaba tan brutal y súbita réplica a su ataque. Cayó atrás, con un gemido ronco. Trompicada, cayó de rodillas en el suelo pedregoso del descampado.

Miró con error a sus antagonistas. Los tres muchachos de las chaquetas de cuero rojo estaban ante ella. Como verdugos. Como nazis crueles. Como *voppos* brutales. Como caciques miserables.

Como todo lo que es y no debe ser. Como bestias. Como criaturas primarias. Sus ropas y sus motocicletas «Harley Davidson», sus cabellos largos, sus aficiones musicales, no significaban nada. Eran simple carpintería. Piel para cubrir lobos. Envolturas superficiales para ocultar la suciedad, la basura humana, los apetitos, la falta de inteligencia y la sobra de instintos primarios.

Había muchos como ellos. Siempre los hubo. No tenían época ni lugar. Podían ser hampones, gentuza de cloacas suburbanas. O hijos de papá. O estudiantes que se creen intelectuales. Cualquiera sirve para desear una mujer. Para violentarla, si tiene suficiente valor para ser tan cobarde, y tan poca hombría como para abusar de su fuerza física.

Eran de esa clase. Lo había temido desde que dobló la curva. Lo presentía desde que vio la nota escarlata de sus chaquetas salpicadas de adhesivos de una pretendida libertad juvenil, cuando no eran más que producto de la propaganda de la masa consumista, de la cultura híbrida de una época vacía, estúpida y cruel.

Cuando vio sus potentes motos, símbolo de poder y de arrogancia, de velocidad y de osadía, de fálicos alardes insensatos y torpes, estuvo segura. Cuando comprendió que a ellos lo mismo les daba Dylan que una serie de instrumentos de percusión mediocres, estuvo convencida de que lo peor iba a sucederle. No sabían nada de nada. No entendían nada. No les importaba nada. Sólo ella. Ella: su cuerpo, sus formas, su simple significado sexual.

Uno de ellos, no supo quién exactamente —después de todo, ¿qué más daba eso?—, dijo algo ofensivo:

—¡Eh, si viene de la penitenciaría de mujeres! ¡Es una zorra presidiaría a quien han liberado esta tarde, seguro!

Los otros rieron, asintiendo. La tenían cercada. Iba a serles fácil, muy fácil, reducirla entre los tres. Estaban habituados a cosas así. Pero muchas veces, las chicas ni siquiera resistían.

Scarlett logró incorporarse. De repente, echó a correr, con un grito desesperado. Uno de los tres logró alcanzar su guitarra. La aferró, tirando de ella. Se rompió el cordón, y el tipo se quedó con ella. Scarlett, angustiada, giró la cabeza.

Sintió un estremecimiento de furia y de odio cuando el bastardo aplastó la guitarra contra unas piedras. La vio partirse, hecha astillas y cuerdas flojas. Ellos reían y reían, como si todo eso fuese

muy divertido.

—¡Cobardes! —chilló Scarlett, corriendo desesperada—. ¡Malditos cerdos!

Ellos ya corrían en pos suyo. Lo hacían separados entre sí, formando abanico. No iban a dejarla huir fácilmente a su cerco. Y Scarlett lo sabía...

Uno de ellos se precipitó sobre sus tobillos. La aferró por ellos, derribándola. Otro, en zambullida violenta, aplastó su torso, estrujándole el pecho. El tercero se limitó a manosearla abyectamente.

—¡Soltad! —chilló de nuevo—. ¡Soltad, puercos asquerosos! ¡Dejadme!

Uno le tapó la boca con un sucio besuqueo. Notó contactos repulsivos bajo sus ropas deshilachadas. Forcejeó con ira. Repentinamente, desorbitó sus ojos, fijos en uno de los tres bastardos. Ése no la tocaba. No la agredía. En vez de ello, reía suavemente. Sus manos manipulaban algo: una ampolla de vidrio y una jeringuilla. La miró con sarcasmo.

Scarlett entendió enseguida.

¡Una droga!

Forcejeó con más rabia. Pateó y golpeó en vano a sus dos asaltantes. Éstos la sujetaron férreamente, a un grito de su compinche. Éste soltó una seca carcajada. Luego, se inclinó sobre ella. Alcanzó su brazo. Le clavó brutalmente la aguja hipodérmica en el punto preciso. Uno retenía ese brazo para impedirle forcejear. Notó que el líquido penetraba, a impulsos del émbolo manipulado.

Sus alaridos rabiosos invadieron estérilmente el oscuro descampado. Una sensación ardiente y a la vez amable invadió su cuerpo. El esfuerzo, la resistencia, se hicieron menos intensos. Finalmente, sus miembros se relajaron.

Scarlett se hundió en una penumbra que, rápidamente, se hacía oscuridad. Sus labios se agitaron, en un inútil esfuerzo por decir algo, por protestar...

—No, no... Por el amor de Dios, eso no... No quiero narcóticos... No quiero... ¡Noooo!

Era inútil. Todo inútil. La droga estaba ya en su cuerpo, en sus venas. Ellos, los muchachos, la veían agitarse en espasmos cada vez más débiles. Se precipitaban sobre ella, seguros de sí mismos, de su

superioridad, de su impunidad...

Borrosamente, observó cinturones que se desprendían, manos que la acariciaban, rostros crispados por deseos inconfesables...

Luego, con un jadeo roto, se derrumbó en un mundo de sombras, en un abismo de oscuridad total, en el que llegaba lejana la música de percusión, hasta convertirse en un estallido de luces multicolores y de ecos musicales deformados.

Se vio a sí misma deambulando por un mundo de pesadilla hecho solamente de luz y de sonido. De parpadeos policromados, de giros de psicodélica luminosidad, de vibraciones melódicas increíbles...

Se veía perseguida, alcanzada, rodeada por sombras monstruosas que la envolvían en un contacto viscoso y frío, que se apoderaban de su cuerpo y de su mente, en un caos maligno de violencia, de odio, de deseos.

No se podía luchar contra eso. Y caía. Caía vencida, revolcándose en el largo corredor sombrío de su pesadilla rodeada de luces, de colores y sonidos delirantes. Hasta que sus propios alaridos penetrantes, sus espasmos de asco y de cólera, delataban la consumación del horror que más podía ella aborrecer.

El ensañamiento de los monstruos en su carne cálida y deseable...

Las luces aumentaban en intensidad, en rapidez de vibración, hasta convertirse en parpadeos centelleantes, deslumbradores, casi enloquecedores... Finalmente parecieron estallar en mil pedazos, como si formaran parte de simples destellos reflejados en la superficie cristalina de un gran espejo.

Y detrás de ese espejo, había oscuridad. Sombras.

Oscuridad y sombras que engulleron a Scarlett, mientras ella chillaba, chillaba y chillaba en su paroxismo del horror, de la náusea y del odio.

Luego... todo fueron solamente sombras. Oscuridad. Scarlett se había hundido en ellas. Y ni siquiera lo sabía.

* * *

Un rectángulo de negrura.

Eso fue primero. Luego, se hizo gris. Finalmente, se tiñó de colores. Eran lejanos colores. Destellos remotos de luz policromada. Casi inapreciables, pero alteraban levemente ese grisáceo panorama

visible para sus ojos recién abiertos.

Finalmente, se incorporó.

Le era difícil. Hacía frío. Lloviznaba, quizá. Notó humedad, gotas heladas salpicando su rostro y sus manos. También mojaban sus ropas desabotonadas, su pecho desnudo, sus muslos y caderas, asomando por el roto pantalón tejano deshilachado.

Descubrió las lejanas luces urbanas. Y los destellos de las motocicletas «Harley Davidson», potentes y espectaculares, con sus faros encendidos. En el suelo, el transistor aparecía volcado. Ahora tocaban alguna melodía en *blues*, por una emisora cualquiera. Música melancólica y triste. No le gustaba. Pero formaba un fondo en la escena.

Notó que había llorado. Las lágrimas mojaban sus mejillas. El cuerpo le temblaba. Le dolía su carne lacerada por contactos miserables. Había muchos otros dolores en ella, pero éstos no eran físicos.

Scarlett trató de levantarse. Logró ponerse sobre una rodilla y una pierna, agazapada. Notó que algo le impedía mover bien sus pies. Se inclinó para liberarse.

Un alarido de horror brotó de su garganta.

Lo que yacía encima de sus pies, eran unos brazos hu... manos. Unas manos de hombre crispadas, pesadísimas. Manos y brazos enrojecidos, empapados de sangre. Igual que su cabeza. Y su cuello. Era uno de *ellos*. Uno de los tres agresores jóvenes, de roja chaqueta de cuero lustroso. Estaba muerto. Con el cuello cortado de oreja a oreja. Yacía casi encima de ella, sobre un charco de sangre cuajada. Los ojos desorbitados, llenos de horror, de la joven Scarlett, fueron algo más allá. A una guitarra astillada, a una motocicleta volcada, a una radio que chillaba música negroide, volcada junto a la «Harley Davidson».

Y otros dos cadáveres.

Dos hombres más. Dos muchachos agresivos, de chaqueta roja de cuero. De cuero rojo ahora. Rojo de sangre. Degollados bestialmente. Uno de ellos, casi tenía la cabeza separada del tronco, tan terrible había sido el tajo en su garganta. Los ojos, virtualmente, saltaban de sus órbitas.

Scarlett comprobó, horrorizada, que estaba rodeada de muertos. Los tres muchachos, sus agresores, los que violaron su cuerpo, tras

inyectarle un narcótico para reducirla... estaban muertos. Asesinados. Habían segado sus cuellos con tres tajos mortíferos y terribles.

Scarlett gritó agudamente. Y, despojándose del peso de uno de los muertos, echó a correr a través del descampado, sin siquiera darse cuenta de que gran cantidad de sangre humana salpicaba sus ropas y su propio cuerpo...

CAPÍTULO II

Las letras rojas, luminosas, eran como sangre. Parpadeaban en la noche, brillantemente:

POP *SHOW*

UNICA REPRESENTACION ESTA NOCHE:

THE SILVER COMPUTER

Se derramaba esa luz roja sobre los coches y motocicletas aparcados en el exterior. Dentro del local, los guiños de luz eran de mil colores, y parecían brotar de todas partes, inundando el recinto con sus fulgores delirantes.

Y a su claridad, The Silver Computer emitía sus estridentes, enloquecedoras, vibrantes melodías, ricas en percusión y voces vigorosas. Ritmos que agitaban al nutrido público, en oleadas de pasión y de entusiasmo, de frenesí a veces, de cadencias lánguidas en otras. Cambiantes como la propia música. Cambiantes como los intérpretes de aquel conjunto de siete muchachos de largos cabellos, modernas ropas plateadas ceñidas a sus cuerpos, en un lejano remedo de los usos del *gay power*, pero con virilidad y energía en sus acciones, mientras las guitarras eléctricas y toda la gama de percusión y de instrumentación, invadían el recinto con sus absorbentes notas.

Los maquillajes raros, de vivos colores, también hacían un extraño juego con las ropas centelleantes, y detrás de ellos cambiaban constantemente las imágenes sincopadas, en una enorme pantalla policromada. Pero, ciertamente, The Silver Computer no era, ni parecía pretenderlo en momento alguno, un remedo del gran Alice Cooper o del no menos fabuloso Pary Glitter.

Eran, sencillamente, ellos. Y eso parecía bastante. The Silver Computer eran suficiente para, por sí mismos, obtener éxito y público en cualquier lugar. Eso era evidente por el lleno en una noche como aquélla, lluviosa y poco apacible, y que no era víspera festiva, ni mucho menos.

El clamor de las embelesadas jovencitas, apiñadas en torno al giratorio escenario luminoso donde los plateados cantantes y músicos interpretaban su *show*, acompañaba indefectiblemente su actuación. Era una prueba de éxito.

Una especie de hipnosis colectiva parecía dominar a todos los asistentes. Una fuerza magnética que, evidentemente, brotaba de los propios instrumentos de los músicos situados en la luminosa plataforma circular, alrededor de la cual vibraba el público joven, subyugado por el ritmo, la vibración y el estallido de sonido que, como cascada multifónica, partía de todos los amplificadores hábilmente emplazados en el inmenso recinto.

Luego, era la voz del cantante, el más joven, enjuto y vibrante de todos los miembros del conjunto, la que se elevaba sobre el fondo de la música instrumental, desgarrando palabras de una canción folk convertida en frenético raudal de notas, de estrofas aparentemente sin sentido:

Rueda como las piedras del camino, gira y gira en el sendero de tus deseos, canta libertades encadenadas, Hora por ser el hombre que nunca fuiste, y olvida que Dios pueda acordarse de ti...

Mike Monroe era un buen cantante. Un formidable cantante, cuya voz grave, pastosa y cálida, adquiría a veces tonalidades profundas, de sonoridad rotunda, o se quebraba en un sollozo, para terminar en un agudo de falsete, estridente y desgarrado, mientras la guitarra eléctrica, plana y centelleante, saltaba entre sus dedos mágicos como algo vivo, capaz de llorar, reír o cantar con su voz metálica amplificada en los numerosos *baffles* apostados en la sala.

Mike Monroe era nuevo en el conjunto, el elemento más reciente unido a The Silver Computer. Su antecesor, Barry Conway, había muerto en un desgraciado accidente automovilístico que puso luto en las enloquecidas *fans* del joven y famoso cantante. Ahora, Mike Monroe debía luchar contra el prestigio, el recuerdo y el dolor que su colega dejara tras de sí, pero daba la impresión, tras casi un mes de actuación con sus nuevos compañeros, que la tarea no le iba a resultar imposible, ni mucho menos.

Virtualmente, el silencio embelesado o el clamor juvenil ante sus estrofas vocales, eran como el referendo vivo de su triunfo definitivo. Bien acoplado, perfectamente encajado su estilo dentro de la línea artística del conjunto, el joven Monroe era ya indiscutible «estrella» en el mundo estelar de la canción y de la música *pop*.

Cuando terminó la actuación, en medio de enormes ovaciones, gritos y silbidos de entusiasmo, The Silver Computer desaparecieron del escenario, dando a entender que no iban a repetir ni una sola pieza, quizá por lo avanzado de la hora.

Salieron presurosos, ayudados por el personal del establecimiento, y sin cambiarse de ropas, sin quitar de sus rostros los maquillajes ni soltar un solo momento sus instrumentos cruzaron un corredor, descendiendo luego unos escalones que les llevaron a un patio interior, donde aguardaba un microbús con las luces apagadas y un chófer sentado al volante, esperando su llegada.

Apenas subieron todos los músicos al microbús particular, éste encendió sus faros y se puso en funcionamiento el motor. Un hombre sentado hasta entonces dentro del vehículo, tras el conductor del coche, se inclinó hacia éste, diciendo con tono escueto:

—Vamos ya. Es hora. A toda prisa.

Asintió el conductor. Arrancó el vehículo, rodando por un pasaje que terminaba en un portón. A través de éste salió el microbús a la carretera que circundaba el local y sus amplios aparcamientos inmediatos. El microbús enfiló la dirección de la ciudad y aceleró, alejándose con los músicos del conjunto, acomodándose en sus asientos. Seguían sin luces dentro del vehículo. En la penumbra, las luces del exterior hacían centellear los instrumentos, los maquillajes espectaculares que cubrían sus rostros, y el plateado de sus ceñidos atavíos escénicos.

—¿A qué vienen estas prisas? —preguntó Mike en voz alta—. ¿Y por qué no se encienden las luces? Ni siquiera he podido guardar mi guitarra en su funda...

—De este modo eludimos a los grupos de admiradores —dijo secamente el hombre silencioso, sentado cerca del chófer—. A veces, hacen falta estos pequeños trucos estratégicos, Mike.

Monroe no dijo nada. Llevaba sólo un mes con ellos, la mayor parte

del mismo sometido a ensayos pruebas y acoplamientos. Actuando cara al público como cantante titular del grupo, solamente llevaba cuatro o cinco representaciones. Tendría que irse habituando, evidentemente, a los caprichos y costumbres del organizador y director artístico-comercial de The Silver Computer. Ése era el hombre que iba sentado delante. Un hombre singular, del que sólo sabía dos cosas: todos le llamaban familiarmente con el simple apelativo de «tío Doria». Parecía paternal y dulce con todos, aunque claramente autoritario en sus decisiones, como un «padrino» mafioso de otros tiempos.

La segunda cosa que sabía de tío Doria... era que pertenecía abiertamente al *gay*, *power*, y no ocultaba sus modales de homosexual. Aunque él no actuaba ante el público jamás y era solamente el «cerebro» del conjunto, acostumbraba a ir fantásticamente maquillado y vestía de modo amanerado, en un estilo fantasioso y refinado.

Personalmente, a Mike no le cayó bien tío Doria desde un principio. Pero había firmado un contrato con él, y tendría que cumplirlo, al menos durante el primer año estipulado. Por otro lado, el sueldo era elevado, y aquélla constituía su gran oportunidad para triunfar en el mundo artístico. Si a cambio de todo ello debía soportar la convivencia profesional con un hombre semejante, la sobrellevaría sin problemas, estaba seguro de ello.

Pero eso hasta entonces. A partir de esta noche, todo iba a cambiar mucho para Mike Monroe. El ignoraba que la misteriosa salida del recinto de su actuación era sólo el principio de algo insospechado de todo punto. Lo que luego seguiría, iba a mostrarle una faceta del asunto que jamás hubiese podido imaginar.

Y sería solamente el principio de una obsesionante pesadilla de horror y de sangre, en la que Mike Monroe iba a verse inmerso inexorablemente...

* * *

Mike sufrió su primera sorpresa cuando el autobús se detuvo en un paraje solitario, sin motivo aparente.

Asomó por la ventanilla, tratando de ver algo a través del vidrio inamovible de la misma. La oscuridad exterior era muy intensa. Le

llegó el cercano rumor del canto de los grillos entre la espesura. Se dio cuenta, por la altura de los arbustos y la proximidad de una arboleda, de que habían abandonado la carretera general para meterse por una secundaria que le resultaba totalmente desconocida. Las luces del autobús estaban apagadas, incluidos sus faros, cosa que tampoco se explicaba demasiado claramente.

—¿Qué diablos sucede? —Se volvió hacia su compañero de asiento, el guitarrista bajo, Cooley Osmond—. ¿A qué está jugando ahora el conductor de este trasto?

Cooley sonrió, limitándose a mirarle con gesto pensativo. Luego se llevó un dedo a los labios, indicando silencio.

—Espera —dijo escuetamente—. Tío Doria tiene que decimos algo.

—Vaya... ¿Un discurso ahora, en plena campiña? —Mike sacudió la cabeza—. Espero no haberme metido en una *troupe* de locos...

—¿Locos? —Cooley Osmond soltó una suave carcajada—. No, querido Mike. Creo que no es eso exactamente. Ni muchos menos. Si de algo pecamos tío Doria y nosotros, es de listos, no de locos. Ya lo sabrás muy pronto, amigo.

Sí. Lo supo muy pronto. Justamente cuando tío Doria levantó su humanidad del asiento, allá delante, y su figura alta, impresionante, se recortó borrosamente en la oscuridad del interior del vehículo. Empezó a mover ampulosamente sus manos como un histrión interpretando a Shakespeare. Llevaba una especie de «poncho» plateado, inverosímil, cuyos flecos hacían destellos argentíferos en la penumbra, a cada movimiento de sus brazos.

—Bien, muchachos —dijo—. Vamos a empezar el trabajo de esta noche en serio. Vestíos para la representación. Recordad que el «rodaje» de la escena ha de ser perfecto... o nuestra película será un total fracaso. Vamos, adelante. Tomad vuestras ropas. Cambiaos enseguida. Tenéis exactamente cinco minutos para ello. Y otros cinco para llegar al set del estudio donde haremos la escena, ¿entendido?

—Claro, tío Doria —dijo alguien, en nombre de todos.

La sorpresa de Mike iba en aumento cada vez. Miró a su compañero con estupor, cuando ya éste comenzaba a soltar las cremalleras de su deslumbrante atavío de músico del conjunto The Silver Computer.

—¿Pero puedes decirme de una vez qué demonios está pasando

aquí? —refunfuñó—. ¿De qué rodaje había, de qué estudios...? Nosotros no somos actores de cine, que yo sepa... —De cine, no— rió Cooley Osmond burlonamente. —Pero sí de televisión, Mike. —¿Televisión? —Parpadeó Mike—. ¿Desde cuándo? Nadie me dijo nada de eso...

—Pero figuras en contrato, ¿no? —le recordó Cooley—. El primer año de contrato te obliga a cualquier actuación especial fuera de las salas de concierto o de los clubs nocturnos, incluso en televisión. Bien entendido que percibirás el porcentaje correcto que te corresponde por los beneficios totales del grupo.

—Diablo, eso está muy bien, pero en este lugar... —Miró absorto a su compañero, que ya se había despojado de toda su ropa plateada, mientras él seguía sin saber qué hacer, y todos los demás componentes del conjunto imitaban a Cooley—. ¿Dónde están los estudios de televisión, exactamente?

—Exactamente... allí —señaló a los árboles—. Tras esa arboleda. ¿No ves unas luces?

Mike miró en esa dirección. Sí. Veía unas luces, borrosamente, tras la espesura. Luces parpadeantes, como de algún luminoso. Y otras más amarillas, como de ventanas. No recordaba qué estudios de TV podían haber en aquel lugar tan desolado. Incluso le pareció captar lejano rumor de música, alguna melodía flotante en el paraje.

—Bueno, ¿y qué hago yo? —masculló el joven cantante, indeciso.

—Tú te quedas aquí —dijo una voz profunda, a la vez autoritaria y melosa—. Conmigo, Monroe.

Elevó sus ojos Mike. Los clavó en el que hablara. La altísima figura de tío Doria se erguía ante él, impresionante. Unos ojos centelleantes se fijaban en él, desde la oscura mancha que era su rostro en estos momentos.

—¿Aquí... con usted? —vaciló Mike—. ¿Por qué? ¿Qué debo hacer?

—Nada. Nada aún. Eres nuevo en el conjunto. Los muchachos han de rodar una escena muy breve. Tendrás tu parte, eso sí. Pero no necesitas intervenir.

—Soy el cantante. Creí que...

—No creas nada. Hay ya una canción grabada en

play-back

. Ellos aparecen en la filmación, sobre ese fondo musical. Es todo. Estarán de vuelta en pocos minutos. Y seguiremos viaje entonces.

Más tarde, ensayarás con ellos para actuar en la próxima representación, Mike.

Sorprendido, el joven observó que sus compañeros habían cambiado su indumentaria plateada por un ropaje oscuro, sombrío, y que difícilmente revelaría su identidad ante ninguna cámara cinematográfica o de televisión. Eran mallas negras, ceñidas al cuerpo, de espeso tejido. Caperuzas como pasamontañas negros, de seda, se adherían a sus cabezas, y ocultaban sus facciones, con la sola excepción de una franja delgada, una rendija alargada, para los ojos. Parecían remedos absurdos de Fantomas, viejos personajes de un folletín o antiguos ladrones de guante blanco en hoteles de lujo... Cualquier cosa menos unos músicos modernos.

Sin embargo, tío Doria parecía totalmente satisfecho por la mutación. Luego, dio una seca orden:

—Los instrumentos, muchachos. Y adelante. Ya es tiempo.

Asintieron los miembros del conjunto. El sexteto de músicos que rodeaban en sus actuaciones al cantante solista —en este caso el nuevo miembro del grupo, Mike Monroe— se inclinaron. De debajo de sus asientos, extrajeron fundas de instrumentos poco acordes con sus habituales aptitudes y estilo.

Eran fundas de violín todas ellas. Las tomaron con naturalidad, encaminándose a la salida del pequeño autocar, bajo la mirada estupefacta de Mike. Al lado de éste, tío Doria soltó una breve risa, puso una mano larga y enjovada en el hombro del cantante y murmuró:

—Van a representar una parodia. Divertido, ¿no?

Mike se apartó instintivamente de su jefe, con una sensación súbita de náusea. Fue tan brusca su reacción, que tío Doria la notó, y en sus ojos hubo un destello peligroso. Pero se dominó, conteniendo sus posibles emociones, y mantuvo la frialdad habitual dirigiéndose a los componentes de su grupo, cuando ya éstos saltaban a la oscura y despoblada carretera:

—Recordad: el tiempo es precioso. No quiero que malgastéis ni un solo segundo. Estaremos esperando con el motor en marcha. ¡Adelante... y suerte, muchachos!

Era una despedida paternalista, pero Mike captó en ella algo de dureza, de energía y autoridad. También de gravedad, de tensión. Algo que no encajaba mucho con la explicación de aquel rodaje en

un estudio de televisión...

Se quedaron solos los tres en el coche en sombras: el conductor del mismo, tío Doria y él. Observó que el motor ronroneaba suavemente, en marcha. A la espera del regreso de los seis hombres, capitaneados, observó Mike, por el propio Cooley Osmond, el guitarra bajo, su compañero de asiento.

Y se preguntó el joven Monroe qué significaba todo aquello tan misterioso, tan extraño, tan inexplicable...

Aún seguía preguntárselo cuando, desde el lugar donde se veían aquellas luces, tras la arboleda, sonaron ráfagas de metralleta, ladrando ásperamente en la noche oscura y silenciosa.

* * *

Estaban de regreso.

Y no parecían venir de ningún rodaje ante unas cámaras de televisión, ciertamente. Más bien el propio regreso parecía formar parte de una escena de acción, violenta y dramática. No esgrimían ya estuches de violines. Sólo metralletas. Armas de cañón corto y abundante munición, más propias de un comando terrorista que de un grupo de jóvenes músicos.

—¿Qué significa...? —comenzó roncamente Mike, incorporándose en su asiento, con sobresalto, al ver aparecer en tropel a los seis hombres, todos ellos con las armas automáticas en sus manos, cubriéndose de alguien que, sin duda, quedaba oculto al otro lado de los árboles. En la distancia, sonó un estridente silbato de alarma, y también gritos cuyos ecos llegaron inconfundibles a oídos de Mike.

—¡Tú calla y pregunta más tarde! —jadeó tío Doria, imperativo. Y de entre sus propias ropas extrajo un arma, una pavonada «Luger *Parabellum*», provista de silenciador, con la que apuntó al exterior, cubriendo de un invisible enemigo la llegada al autobús de los seis miembros del conjunto musical. Les apremiaba con voces sordas, imperiosas—: ¡Vamos, vamos, arriba! ¡Sin perder tiempo! ¡Hay que salir de aquí! ¡Fox, arranca ya de una vez! ¿A qué esperas, maldita sea?

Harvey Fox, el conductor del coche, no se hizo repetir la destemplada orden. Ya ponía en marcha el vehículo, mientras los

seis hombres se acomodaban de nuevo en sus asientos, guardando las armas automáticas bajo los mismos, ya sin funda alguna que disimulara la condición de tales «instrumentos». La música de los mismos ya había sido captada nítidamente en la noche: tableteo de proyectiles lanzados a chorros sobre algo o alguien...

Mike no hablaba. Se limitaba a escuchar y a mirar, sobrecogido y confuso. A su lado, indiferente a todo, incluso a su propia presencia y su mirada estupefacta, el guitarra bajo, Cooley Osmond procedía a despojarse en escaso tiempo de sus negras ropas, que plegó con rapidez, uniéndolas al arma automática, y quedando todo oculto, bajo el asiento, por una trampilla deslizante, que se repetía bajo cada uno de los asientos, y que luego la alfombra de goma oscura del vehículo tapaba totalmente, sin dejar visible el menor rastro de su existencia.

Pronto a esas ropas sombrías sustituían de nuevo las plateadas del conjunto *rock*, bajo la paternal mirada de un tío Doria singularmente tenso y alerta, cuyos ojos agudos se dirigían con frecuencia al exterior. Pero allá fuera, las luces se perdían cada vez más lejos, tras el muro de hojarasca de la arboleda, y la noche, oscura y silenciosa, les engullía con rapidez, mientras se perdían en la distancia los gritos y sonidos de silbatos.

—Y bien, muchachos —habló duramente el extraño individuo, acomodándose de nuevo en su asiento delantero—. ¿Todo fue bien?

—Casi todo —respondió Osmond, entre jadeos.

—Explícate.

—Verá, tío Doria... Todos accedieron rápidamente a entregar el dinero y las joyas, incluida la cajera del local... Pero de repente, un tipo se resistió. Se puso en pie, quiso huir para avisar a la policía, sin duda. Ingram le disparó.

—¿Era necesario, Ingram? —demandó ásperamente el jefe del grupo al aludido.

—Era inevitable, señor —asintió el aludido, el batería del grupo, moviendo la cabeza de arriba abajo—. Quiso clavar un cuchillo de su cubierto a Tennessee... Disparé muy a tiempo.

—¿Herido?

—Sí, claro...

—¿Grave?

—Seguramente... —Ingram tragó saliva—. Creo... creo que lo maté.

Los cabellos de Mike se erizaron. Ahora empezaba a entender todo aquello. Y no había sido ningún rodaje para la televisión, ciertamente. Algo muy siniestro tenía lugar allí, en torno suyo. Se incorporó, alterado.

—¿Estáis hablando todos en serio? —preguntó con voz airada—. ¿Es que ha habido... ha habido un atraco... y un muerto?

—Eres muy duro de entendimiento, mi querido amigo —rió suavemente tío Doria—. ¿Es que no lo has comprendido ya? Claro que ha habido un atraco. ¿Productivo, Osmond?

—Sí —resopló el compañero de Mike—. Creo que más de diez mil...

—Bueno, eso significa que hay un buen reparto. ¿Y las joyas?

—Las tendremos que vender al de siempre —comentó Ingram—. Son buenas, pero no nos darán más de dos o tres mil, seguro. Esos tipos siempre se aprovechan de las ocasiones.

—No importa. Si son doce mil, el reparto será productivo. Más de mil trescientos por cabeza. Incluido nuestro sorprendido amigo Mike Monroe, por supuesto...

—¡Yo no quiero ese dinero! —rechazó vivamente Mike, indignado—. ¡No puedo continuar en un grupo musical que, después de actuar, se dedica a cometer atracos y asesinatos!

—¿De veras que no, querido Mike? —Sonó meliflua la voz de tío Doria. Se incorporó, caminando hacia él por el centro del pasillo, mientras el coche rodaba a considerable velocidad, sendero adelante—. Escucha, amigo. Estás dentro de esto, te guste o no. Has esperado aquí, como Fox y como yo, a que ellos regresaran con el botín. Has oído los disparos. Y estás huyendo con nosotros. Es demasiado tarde para salirte de esto. Además, firmaste un contrato por un año, no lo olvides.

—¡Un contrato puede anularse! Aunque me cueste dejar la profesión —amenazó Mike.

—¡Oh, claro! —rió tío Doria, malicioso. Su pistola con silenciador brotó de repente bajo el «poncho» plateado, y se apoyó en la sien de Mike, con frío contacto—. Pero hay contratos que no se rompen... sino con la muerte. Así los firma tío Doria. Podría matarte ahora mismo, Mike... Se te enterraría en un descampado. No tienes familia. Ni amigos en esta parte del país. Pasarían años antes de que nadie pensara en buscarte. Pero aunque te dejara con vida y nos denunciaras a la policía, ¿qué ganarías? Yo, y conmigo todos los

demás, diríamos que formabas parte de la banda. ¿No es cierto, muchachos?

Hubo un general asentimiento. Mike observó ojos amenazadores, fríos, fijos ahora en él. Comprendió que una invisible, una sutil tela de araña le envolvía por momentos. Tragó saliva.

—Sí —murmuró—. Ya veo... Es monstruoso... Una canallada.

—Sea lo que sea, es así. Irías a presidio, como todos. No ganarías nada.

—No pienso denunciar a nadie. ¡Sólo quiero salir de esto! Abridme esa puerta, dejadme ir libremente... y no volveréis a saber de mí. Lo juro. Es todo lo que pido, tío Doria.

—Demasiado tarde —suspiró el aludido, mirándole con malignidad—. Ya estás dentro. Hasta el cuello, Mike. No es tan mala cosa. Hay en perspectiva golpes mucho mejores. Podemos obtener hasta medio millón... No ganarías nunca una suma así, aun cantando toda tu vida.

—Yo soy un cantante, no un salteador ni un bandido.

—¿Quién ha dicho que somos bandidos? —le replicó tío Doria—. Obtenemos dinero, eso sí. Pero cada uno de nosotros destina el cincuenta por ciento de su parte a un fondo común cuya naturaleza no tienes por qué saber todavía. Quizá te baste, sin embargo, con saber que nuestra acción es contra la sociedad y contra lo establecido. Que defendemos un nuevo postulado político-social. Una ideología que conocerás a su tiempo... y para la cual recaudamos fondos en la forma que sea. Enriquecemos esa causa... y nos enriquecemos nosotros al servirla. ¿No es perfecto? Nada de delincuentes vulgares. Nada de bandoleros o asesinos. Guerrilleros, Mike. Eso es lo que somos: guerrilleros de una causa nueva y diferente...

—Guerrilleros... —Mike sacudió la cabeza, con desaliento—. Ahora acostumbra a llamarse así a los asesinos y a los secuestradores, a los criminales y a los enemigos de la convivencia humana... Yo no tengo ideología política, señor. No quiero luchar por nadie que vaya contra lo establecido. Me siento feliz con el mundo tal como es, pese a todos sus defectos... ¡No quiero recaudar nada para nadie! Y menos aún, robando y matando...

—Eres muy elocuente, Mike —silabeó tío Doria—. Más aún que cantando... Pero recuerda algo que forma parte de nuestro credo

político: quien no está con nosotros, está contra nosotros. Y eso... significa la muerte. ¿Qué decides?

Mike Monroe respiró con fuerza. Se agitó en su asiento, sintiendo un sudor frío en su piel. El microbús rodaba ahora a mucha velocidad, hacia el cruce con la carretera general a la ciudad.

Estaba atrapado. Lo supo. De momento, no podía hacer nada. O sería un estúpido suicidio. Tío Doria le mataría allí mismo, en presencia de los demás músicos. Estaba seguro de ello. Totalmente seguro.

—Muy bien —dijo lentamente—. Parece que no me dejan muchas alternativas...

—Ninguna, Mike —asintió tío Doria glacialmente—. Dentro de unos momentos nos encontraremos con un gran camión. El microbús entrará en su cabina posterior y ésta será cerrada. Así se borrará todo rastro del microbús, si alguien lo llegó a ver. Las placas serán sustituidas por las verdaderas, ya que las de esta noche eran falsas. Y al llegar a determinado punto, podréis salir todos, normalmente. Tomaréis vuestros respectivos coches e iréis a vuestros domicilios. No te va a retener nadie, Mike. Pero si nos denuncias, pagarás con nosotros, como uno más. Y después... tu vida no valdrá un centavo. De modo que tú mismo puedes decidir lo que haces...

Mike permaneció callado, sombrío, hundido en sus negros pensamientos. No respondió a tío Doria. Sabía que era inútil. Aquel callejón no tenía salida. Al menos, por el momento.

CAPÍTULO III

El automóvil rodaba a velocidad moderada por la oscura carretera. Mike Monroe no quería acelerar. Su mente estaba demasiado llena de pensamientos diversos. Sentíase demasiado preocupado para lanzarse a toda velocidad. Quizá sus reflejos le llegaran a hacer una mala pasada, si surgía una emergencia.

El microbús y el camión en que fueran metidos quedaban ya muy atrás, así como sus nuevos compañeros del conjunto musical, incluido el obsesionante y desagradable tío Doria. Ahora, Mike se dirigía a su apartamento. El mismo apartamento que hubiera tenido que abandonar, por falta de pago, de no haber firmado el ventajoso contrato con The Silver Computer y su histriónico patrón.

Ahora se daba cuenta de que el contrato no era tan ventajoso como imaginara. Al firmarlo, había caído en la más sucia de las trampas. Estaba en manos de tío Doria y de su extraña «guerrilla» criminal. Al servicio de algo o de alguien que no vacilaba en llegar al crimen, con tal de obtener fondos para una determinada ideología que le era desconocida.

Ahora, mientras conducía de regreso a su casa, echaba la mirada atrás y le parecía increíble lo que había vivido en las últimas horas. Como una pesadilla absurda, que no tenía el menor sentido: la actuación normal, el viaje en microbús, el cambio de ropas de sus compañeros, las fundas de los violines conteniendo metralletas, como en los mejores tiempos del gangsterismo de Chicago... Y un atraco. Y un hombre herido... o muerto. Ésa era la «otra» actividad de The Silver Computer. El lado secreto de un puñado de jóvenes y alegres muchachos cuya única misión parecía consistir en alegrar la vida a los demás, no en sembrar de sangre y de cadáveres su camino.

Se preguntaba cómo podía salir de todo aquello, cómo librarse de la telaraña en que se veía aprehendido en estos momentos. Y no encontraba respuesta ni solución.

La ciudad ya estaba próxima. Pasó un oscuro y largo edificio, que se alzaba en medio de la campiña. No lejos de allí descubrió

chimeneas de fábricas, altas tapias y alambradas de recintos industriales.

Súbitamente, la luz de los faros reveló la presencia de la mujer, caminando por la cuneta de la carretera, en su misma dirección. Ella giró la cabeza. Miró hacia el coche y trató de cubrirse el rostro con las manos, echándose atrás para ocultarse entre los arbustos.

La melena corta, color miel, los *blue-jeans* deshilachados y la desvaída camisa, fueron visibles fugazmente para Mike. Esperó que ella hiciera algún signo habitual en los que practican

auto-stop

, pero no fue así. Ella permaneció quieta, dejó pasar el coche, sin intentar detenerlo en absoluto.

Mike rodó unas yardas. De pronto, detuvo el automóvil. Abrió la portezuela y miró hacia atrás. Ella se había detenido otra vez, al verle parar. Le dio la impresión de que estaba a punto de salir corriendo. Pero no lo hizo.

Mike arrugó el ceño. Se puso tenso. Un lejano sonido familiar le crispó los nervios como jamás le había ocurrido. ¡Un coche patrulla de la policía!

El sonido de la sirena se aproximaba. Mike contempló a la joven. Ella, de pronto, aceleró su paso. Se acercó al coche. Casi corría ya. Cuando llegó, jadeaba. Sus ojos eran claros, ambarinos. Y brillaban con excitación.

—¿Quiere que la lleve a alguna parte? —preguntó Mike, la atención fija en la oscura carretera, a su espalda, de donde llegaba él ulular de la sirena policial.

—Sí, por favor —suplicó ella con voz ahogada—. A la ciudad, adonde sea... Se lo ruego.

—Bien. Suba —se echó hacia el volante, dejando amplio hueco en el asiento delantero, y ella se apresuró a sentarse, cerrando la portezuela. Mike la aseguró, justo cuando el coche patrulla asomaba, con su luz parpadeante, roja, destacando encima de su capota.

El coche pasó junto a ellos, sin detenerse. Sus ocupantes ni siquiera echaron una ojeada al vehículo de Mike. Evidentemente, alguna otra cosa atraía en esos momentos toda su atención.

Ocultando lo mejor posible su repentino alivio, Mike Monroe puso en marcha el coche, y observó de soslayo a la joven caminante de la

carretera. ¿Era imaginación suya... o también ella sentía alivio ante el distanciamiento de los agentes de policía?

—¿Algún punto determinado de la ciudad? —preguntó Mike, tras rodar en silencio unos instantes.

—No. Cualquiera —ella se encogió de hombros. Luego le miró de reojo—. Porque supongo que no le irá bien pasar por North Avenue...

—¿North Avenue? Claro. Me pillará de paso. Especialmente su zona norte...

—Ahí me dirigía yo. Al mil ciento treinta y cinco.

—Muy bien —chascó la lengua Mike—. La llevaré, señorita...

—Scarlett. Es mi nombre —echó atrás su mochila escasa de carga. Respiró hondo, entornando sus ojos—. Gracias por todo, señor.

—Oh, no hay por qué dárme las. Y no me llame «señor». Me hace sentir terriblemente viejo, amiga mía. Mi nombre es Mike.

—Sí, Mike... Gracias.

Permaneció silenciosa. Mike giró el dial de su receptor de radio. Emitían música *rock*. La vio seguir el ritmo con su pie, sobre el suelo del coche. Toda ella vibraba con la música, era evidente. Bajo los pantalones azules de dril gastado y la camisa vieja, aquel cuerpo joven palpitaba ritmo, estaba seguro de ello. Recorrió sus formas de soslayo, desde el cuello esbelto y los pechos enhiestos, hasta sus pies desnudos, embutidos en los mocasines deslucidos.

Entonces vio las manchas oscuras.

Manchas de sangre.

* * *

Estaba seguro de que era sangre. No necesitaba tocarlas ni verlas más de cerca. Aquel color rojo oscuro, como de óxido, era inconfundible. Las tenía en sus mocasines, en su pantalón, abajo en los bordes... Y mirando más atentamente, captó otras en una manga de la camisa.

No aludió a ellas. Fingió no haberlas visto. Por su color, parecían recientes. Quizá de aquella misma noche, no mucho antes. ¿Estaría herida? No daba la impresión de estarlo, pero acaso disimulaba.

Preguntó algo, para romper con el tenso silencio:

—¿Viene de muy lejos? —quiso saber.

—Del presidio.

—¿Qué? —La miró con sobresalto, y tuvo que enmendar la ruta de su coche.

—La prisión de mujeres. Tiene que haberla visto. Ha pasado por allí.

—Oh, el edificio alargado y oscuro... —asintió Mike—. Sí, lo he visto. Pero ¿por qué me lo ha dicho? No tenía necesidad de hacerlo...

—¿Qué puede importar eso? —Los ojos de ella revelaban algo profundo: angustia, miedo, incertidumbre y oscuridad interior. Mike se dijo que todo eso debía ser herencia de la prisión. Se estremeció. No le gustaba la idea. Y ella estaba continuando—: No se gana nada ocultando cosas así. Creí que usted lo imaginaría al verme...

—No se me ocurrió siquiera. ¿Por eso... por eso no quería subir?

—S... Si... —dijo, tras una vacilación.

—Entiendo. Y ese coche patrulla le hizo cambiar de idea. Sigue causándole aprensión la presencia de la policía...

—Eso es, sí —admitió, evasiva.

—Ya no hay por qué —la miró, pensativo—. No habiendo escapado, nada tiene que temer.

—De allí nadie escapa. Esas cosas sólo suceden en el cine —suspiró ella amargamente—. Si te dicen que estarás años enteros encerrada, los estás. Sólo anticipas la salida... si te portas bien.

—¿Ha sido... ha sido mucho tiempo?

—Bastante —ella no fue más explícita.

—Ya. Y ahora... vuelta a empezar.

—Sí. Vuelta a empezar... —Bajó la cabeza, con aire ensombrecido.

—Supongo que tiene familia, amistades...

—¿Familia? —Ella rió entre dientes, con amargura—. Sí, alguien hay... Espero que aún se acuerde de mí...

—Claro que se acordarán. No lo dude. Pronto habrá olvidado todo eso. Es muy joven, es hermosa... La vida volverá a sonreírle, ya verá.

—Lo dudo mucho, Mike.

—Ha de tener fe. Incluso encontrará algún hombre que la ame y...

—¿Un hombre? —Se echó a reír de repente, sin aparente sentido—. No, Mike. En ese terreno no tengo ninguna esperanza ya.

—¿Qué dice? Eso es un puro disparate... A su edad, la vida

comienza. Seguro que no tiene más de veinticinco años...

—Veintitrés —rectificó ella suavemente—. La prisión envejece algo. Cuando entré, parecía una niña. Pero engañaba, Mike. Y quizá engañe aún. Yo... estoy casada.

Mike enmudeció. Era una sorpresa. Condujo en silencio un rato. La miró, pensativo, al enfilar una curva.

—¿Y él? ¿No ha venido a... a esperarla?

—No. No ha venido. Ni creo que sepa que he salido...

Es allí adónde voy ahora. Adonde él vive... si es que no ha cambiado de casa.

—¿No se lo ha dicho en alguna de sus visitas a la penitenciaría?

—No pudo decirme nada. No me visitó nunca. Ni me escribió siquiera...

Mike Monroe permaneció callado otra vez. Era un caso patético. O una gran mentira. Le inquietaba aquella muchacha. Tan joven, tan amargada... Procedente del presidio de mujeres. Casada. Olvidada por su marido.

Y con manchas de sangre en sus ropas. ¿Por qué?

—Si no fuese una indiscreción imperdonable, Scarlett... yo le preguntaría...

—¿Sí? —Los ojos color ámbar le miraron profundamente—. ¿Qué me preguntaría?

—Por qué... por qué la encarcelaron...

—No es ningún secreto. Le bastaría leer algún viejo periódico de cuando me procesaron. Por intento de homicidio.

—¿Homicidio? —Mike la miró, asombrado, vacilante—. Cielos, no es posible... Una falsa acusación, ¿no es cierto?

—No. No es cierto. Nada de falsa. Intenté matar a un hombre. Estuve a punto de conseguirlo. No pude eludir la sentencia condenatoria. Confesé todo al juez y al jurado. Quizá eso me libró de una pena más grave, aunque irritó a mi abogado defensor.

—Entiendo. —Mike sacudió la cabeza—. De todos modos, supongo que tendría sus motivos.

—Siempre existe un motivo para todo —se encogió de hombros ella—. Pero esas cosas no son iguales para todo el mundo. Y menos aún para un juez... Es mejor olvidar todo eso. Como usted ha dicho, hay que volver a empezar. Sólo necesito saber si... si debo empezar yo sola... o Happy será todavía mi esposo, a todos los efectos.

—Sí, comprendo. Él tiene que ayudarla. No puede dejarla abandonada ahora.

—Usted no conoce a Happy... —rió cínicamente la joven—. Y vale más que no llegue a conocerlo. Cuando lleguemos, déjeme en la puerta y siga su camino. Es lo mejor que puede hacer...

En la radio del coche se interrumpió la música *rock*. La voz de un locutor anunció las últimas noticias locales. Mike se disponía a cambiar de emisora, cuando el locutor informó:

«—Sobre el atraco perpetrado esta misma noche al restaurante y club nocturno Cactus, situado en la milla veintisiete de la carretera secundaria a la presa del río, recibimos las últimas noticias del hospital local, informándonos del fallecimiento del hombre herido por los asaltantes, que resultó ser el hacendado George H. Parrish, acompañado en esos momentos por una joven amiga, en el restaurante aludido. El botín obtenido por los atracadores se calcula en unos diez a once mil dólares en efectivo, y unos seis o siete mil en joyas y objetos de valor. La policía está procediendo a urgentes pesquisas en busca de esos forajidos, que se sospecha sean miembros de la llamada Guerrilla Simbiótica Alfa, de rara ideología extremista aún no puesta en claro...».

Mike Monroe apretó sus labios con fuerza. El sudor, frío, humedecía su frente y hacía viscosas y resbaladizas sus manos sobre el volante. Ahora ya no había dudas: un hombre muerto. Y una guerrilla de extraña denominación y ambiguos propósitos de subversión...

Y él estaba hundido en eso hasta el cuello... sin posibilidad de salir a flote y liberarse de una vez por todas.

El locutor proseguía en la radio:

«—Por otro lado, se ignora si el hallazgo que acaba de ser notificado por teléfono, anónimamente, al cuartel de la policía local, y que se ha comprobado, desgraciadamente, tendrá alguna relación con esos atracadores, aunque en principio no lo parece. Pero en torno a tres motocicletas “Harley Davidson” fueron encontrados los cadáveres de tres jóvenes que...».

Esta vez sí fue cortada la transmisión. Pero no por Mike, sino por la mano firme y decidida de su viajera accidental. Mike Monroe la miró con sorpresa. Ella hizo un gesto evasivo. Tenía una repentina palidez sobre su rostro inquieto.

—Perdone —murmuró—. Me horrorizan tantos sucesos

desagradables... Veo que el mundo sigue igual o peor que cuando yo lo dejé...

Había cambiado de emisora. Músicaailable de Glenn Miller, como un regreso a un pasado más apacible, brotaba ahora del receptor. Mike no hizo comentario alguno. Estaba demasiado preocupado por sus propios problemas. Pero interiormente no podía dejar de pensar en la palidez de ella. Y en su brusquedad para cambiar de emisora y no escuchar cierta noticia sobre unos jóvenes motoristas...

—El mundo nunca cambia. Al menos, nunca para mejorar —comentó tristemente Monroe, la mirada perdida en la larga cinta de asfalto que barrían los faros de su coche. Ya ante ellos comenzaban a alzarse cercas y alambradas, fábricas y factorías. Eran los suburbios industriales de la ciudad. Estaban llegando a su destino. Añadió con tono grave y expresión meditativa—: Pronto estará en el mil ciento treinta y cinco de North Avenue... Y de veras que le deseo mucha suerte, Scarlett.

—Gracias —susurró ella—. Voy a necesitarla, Mike...

CAPÍTULO IV

North Avenue, 1135.

Era allí. Un lugar increíble. Mike Monroe parpadeó al contemplarlo, sin dar crédito a sus ojos.

Una verja, un jardín y una casa. En ese aspecto, todo era normal, como cualquier otra propiedad de aquella zona residencial en la parte alta de la ciudad. Pero había algo que la diferenciaba radicalmente de las demás.

Los muros del edificio e incluso los de la verja, eran una muestra delirante del más estridente y policromado *pop art* imaginable: muros azules o amarillos, verdes espirales, ventanas violáceas, una puerta naranja intenso, las chimeneas rojas y negras...

Las piedrecillas de los senderos ajardinados eran como una pesadilla naranja, negro y oro, después de haber sido pulverizadas con diferentes baños de pintura, sin duda a base de *spray*. Incluso los troncos de los árboles ofrecían signos, arabescos, espirales o figuras geométricas de perfecto trazado. Parecía la casa de un loco. O de un genio. O simplemente de un artista de moderna concepción e ideas delirantes.

Pronto descubrió que, cuando menos, era esto último. El rótulo, sobre un mármol negro, en la entrada, aparecía pintado con letras en relieve, en los colores del iris:

HAPPY GROOVES

ESCUOTOR

—¿Obra de su marido? —preguntó Mike, curioso, señalando la apariencia fantástica del edificio.

—Sí —suspiró ella, estremeciéndose. Miró casi con terror aquella mescolanza pictórica lindante con lo demencial—. Antes estaba decorada de otro modo. Pero siempre hace cosas así.

—¿Las esculturas también?

—Son pura abstracción. Hierros retorcidos, trozos de piedra sin forma, simbolismos en arcilla, en granito o en cemento, con metales

utilizados como esqueletos de cosas que a veces ni él mismo entiende... Pero tiene éxito. Gana dinero con todo eso.

—Sí, así es el mundo —rió Monroe entre dientes, bajando del automóvil y desperezándose en la húmeda madrugada con olores industriales en aquella zona de la ciudad, no muy alejada de los sectores fabriles—. Bien, Scarlett... La dejo, como me pidió. En su casa. Que todo vaya bien. Espero que él la reciba como debe hacerlo... y usted sepa perdonarle su olvido de este tiempo último...

—Me temo que ninguna de ambas cosas será fácil —suspirió ella—. Pero hay que intentarlo. Adiós, Mike. Y gracias una vez más...

—No piense en eso. Suerte, muchacha. Y ánimo. Mucho ánimo...

Mike regresó al automóvil. Scarlett pulsó un oculto resorte de la verja y la puerta cedió automáticamente. Ella avanzó por el sendero enloquecedor, haciendo crujir las piedrecillas de colores bajo sus mocasines.

Se mantuvo quieto Mike Monroe al volante de su coche, con las luces de éste apagadas, a excepción de las rojas de situación, en la parte posterior. Encendió un cigarrillo, aunque su trabajo de cantante no le permitía abusar del tabaco. Notó que su pulso temblaba ligeramente. Estaba excitado. Eran demasiadas emociones para una sola noche.

Actuar ante su público, asistir como cómplice pasivo a un atraco y a un asesinato, recoger en la carretera a una ex presidiaria, fallida homicida... Y las noticias en la radio... Una guerrilla simbiótica llamada Alfa, unos jóvenes y unas motocicletas, una noticia que ella no quiso oír... Y la sangre. Las manchas de sangre.

Se golpeó en la frente, malhumorado.

«¿Por qué no sé lo pregunté, por todos los diablos?», se reprochó a sí mismo, con evidente disgusto.

Pero ya era tarde. Ella había llamado a la puerta de la casa. Vio encenderse luces en la planta baja poco después. Acudieron a abrir. Oyó rumor de voces. Luego, ella entró en la casa. La puerta se cerró. Mike dio una última chupada a su cigarrillo. Lo aplastó en el cenicero del coche. Se dispuso a ponerse en marcha otra vez y alejarse de allí, regresando a su apartamento, en Union Street, frente a Washington Park [1].

Un momento después, cambiaba de idea radicalmente. Y con motivos para ello.

—¡Scarlett! ¿Tú aquí?

—Sí, yo. No se puede decir que te muestres muy afectuoso con tu esposa...

Y los ojos de Scarlett se clavaron en la mujer que aparecía, semidesnuda, tras de Happy, envuelta precipitadamente en una bata de seda sin anudar, que revelaba sus macizas formas, sus vigorosas piernas y sus pechos potentes y voluminosos, bien erguidos.

Happy Grooves, alto y flaco, nervioso y huido, de ojos centelleantes, nariz halconada y cabellos revueltos sobre su rostro anguloso, se quedó contemplando largamente a la rubia muchacha que asomaba en la puerta de la casa, entre tímida y agresiva.

—Entra —invitó él secamente, haciéndose a un lado.

—Happy, dijiste que no admitirías nunca más a ésta... —comenzó la hembra de cuerpo sinuoso y exuberante.

—¡Calla, Velda! —la cortó él con acritud—. Es mi mujer. Y acaba de salir de prisión. Tiene derecho, cuando menos, a ser admitida en casa. Y a dormir en ella, al menos por esta noche, mientras se discute qué resolvemos en el futuro inmediato.

—No me gusta esto —masculló la llamada Velda, arropándose mejor—. Ni me gusta ella. Después de lo que hizo...

—¡Tampoco me gusta a mí! ¡Ni esta casa, ni mi marido... ni mucho menos tú, maldita zorra! —replicó agriamente Scarlett con ojos centelleantes, fijos en la mujer—. Happy y yo no somos ya marido y mujer, virtualmente. Sólo falta la separación legal, y ésa supongo que no va a costarle mucho, alegando ante el juez mi condición de ex presidiaria. Pero todavía tengo suficiente dignidad para no compartir la que fue una vez mi casa con una vulgar ramera sin escrúpulos como lo eres tú, Velda King... Ya me habían hablado de todo esto en la penitenciaría. No es ninguna sorpresa verte alojada aquí con mi amante esposo. ¿Es que ella es ahora tu musa e inspiración, querido Happy?

—Ya basta, Scarlett —cortó él con frialdad—. No es lo mejor que puedes hacer, presentarte aquí con injurias y escenas. Eres la menos adecuada para pedir explicaciones a nadie. El jurado y el juez fueron muy benévulos contigo, y lo sabes. Ese hombre al que agrediste aquella vez, causándole tan graves heridas que casi lo

matas, pudo haberte acusado, hundiéndote más en el abismo, pero temió el escándalo y optó por retirar toda denuncia contra ti. Eso te salvó, pero sigues siendo peligrosa. Muy peligrosa, Scarlett. La próxima vez puedes matar a cualquiera, sólo porque pienses que desea abusar de ti, o cosa parecida... Tienes esa obsesión dentro de tu mente, y va a ser muy difícil quitártela. Yo que ellos, te hubiera encerrado de por vida en un sanatorio de enfermos mentales, en vez de llevarte por un tiempo a una celda de presos comunes.

—Happy, eres cruel. Cruel... y malvado —musitó Scarlett, abatida, apoyándose en el muro, y dejando vagar su mirada más allá de donde se encontraba ahora, hacia el amplio umbral de acceso al estudio de modelado de Happy, donde se hacinaban las obras abstractas creadas por el arte de su marido—. Yo no tengo complejo alguno, no estoy loca... ¡No sé lo que me ocurrió para atacar a aquel hombre, ni siquiera puedo recordar lo que hice! ¡Sólo me viene a la mente el instante en que me recuperé, tuve noción de las cosas... y él estaba malherido, no lejos de mí, temiendo que lo hubiese matado!

—Cierto, mi querida Scarlett... ¿Y qué crees que sucedió? ¡Que ni siquiera te diste cuenta de lo que hacías! ¡Que le atacaste sin ser tú misma, porque tu mente se desdobra y se produce en ti lo que los médicos psiquiatras llaman un caso claro de esquizofrenia, o doble personalidad!

—¡No, no! —sollozó ella—. ¡Eso es falso! ¡No es cierto, Happy!

—Claro que lo es —habló Velda, despectiva, mirándola con odio—. Vamos, lárgate de esta casa. Eres un peligro para todos. Estaremos más tranquilos todos sin ti.

—¡Es mi casa todavía! —protestó Scarlett, airada—. ¡Happy es aún mi esposo legal y puedo arrojarte de aquí, maldita ninfómana!

—¿Vas a recurrir a la policía, quizá? —se mofó Velda, despectiva—. ¿Ya no les temes, preciosa?

Scarlett se quedó encogida, temblorosa. Supo que Velda solo se marcharía de allí si llamaba a la policía. Y no podía hacerlo. No podía llamarla, bajo ningún concepto. A estas horas ellos buscaban... Buscaban a alguien que asesinó a tres muchachos, tres fracasados violadores que montaban motocicletas «Harley Davidson»...

—Happy, tienes que ayudarme... —sollozó—. Necesito una casa, un

hogar... ¡pero sin esa fulana aquí!

—Lo siento —se encogió de hombros Happy, con indiferencia—. Quédate, si quieres. Pero Velda también se queda. No puedes darme órdenes, ¿entiendes? Ya no.

—¡No, nunca! ¡Cerdos, degenerados, sucios bastardos! —clamó Scarlett, abriendo la puerta para salir de aquella casa—. ¡Solamente sois un par de rufianes que pretendéis robarme la que fue mi propia casa, antes de unirme a ti, Happy! ¡Nunca serás más que un mal escultor, un falso artista fracasado, que se revuelca en la basura! ¡Y tú, Velda, serás la mujerzuela que siempre has sido, la ninfómana insaciable que los viles apetitos de Happy necesitan!

—¡Fuera, presidaría! —chilló Velda, precipitándose sobre Scarlett y abofeteándola con rabia—. ¡Fuera de aquí, enseguida! ¡No vuelvas más o te entregaré a la policía por injurias y amenazas! ¡Y te meterán de nuevo en la cárcel, de donde no debiste salir!

—¡No me toques! —clamó Scarlett, revolviéndose y golpeando con energía a Velda—. ¡Apártate, puta asquerosa!

—¡Scarlett! ¡No toques a Velda! —rugió su marido.

Y Happy se precipitó sobre su mujer, comenzando a darle una tal serie de golpes y bofetones, que dio con ella en tierra, haciéndola rodar por el jardín, entre sollozos y quejidos.

Nadie supo de dónde salía aquel hombre. Pero súbitamente, una especie de alud cayó sobre Happy Grooves. Unos puños contundentes descargaron una serie de impactos certeros y precisos en el mentón, hígado y estómago del escultor, que exhaló un gemido ronco, trató en vano de defenderse de su adversario y terminó cayendo, casi inconsciente, no lejos de donde había derribado él a su joven esposa.

Velda, atemorizada, clavaba sus ojos muy abiertos en el recién llegado. Éste, con un jadeo, se volvió hacia ella, enarbolando aún sus puños. La bata sin anudar de Velda resbaló por sus hombros dejando emerger la contundencia maciza de su pecho. Pero Mike no pareció sentirse impresionado por tal exhibición.

En vez de ello, clavó sus ojos centelleantes en el rostro de la hembra, y la avisó, mientras se aproximaba lentamente a Scarlett:

—Será mejor que ninguno de ustedes vuelva a tocar a esta joven... o seré yo quien vaya a denunciarles a la policía por malos tratos y por adulterio manifiesto. Scarlett, ¿se encuentra bien?

La ayudó a incorporarse. Uno de los golpes de Happy había abierto un corte en una mejilla de la joven, y había causado un oscuro hematoma en el otro pómulos. Mike Monroe dominó su ira ante el hecho, viendo cómo se agitaba, convulso, sobre las piedras de colores absurdos, el cuerpo semiinconsciente del escultor. La nariz le chorreaba sangre, y un hilo rojo fluía también de la comisura de sus labios. Respiraba con dificultad.

—Sí, sí, creo que estoy bastante bien... —Le miró con gratitud y ternura, apoyándose en su brazo—. Gracias, Mike... Gracias una vez más. Creí que estaría ya lejos...

—Demoré mi marcha al oír gritos y ver que la puerta volvía a abrirse. Cuando siguió lo demás, no pude soportarlo. Vamos, creo que no tiene nada que hacer en esta casa. ¿Desea ir a algún puesto de la policía a denunciarles a ambos? Yo iré con usted como testigo...

El temor cruzó como una sombra por el rostro de Velda, que volvió a cubrirse con su bata, viendo que sus artes no lograban nada con aquel enérgico desconocido. Happy Grooves, ya medio recuperado, clavó sus ojos angustiados en Scarlett, temiendo lo peor.

—No, no... —susurró la muchacha, cansadamente. Y Mike no estuvo seguro de si era un destello de terror el que cruzaba sus pupilas ambarinas, ante la posibilidad de tener que pisar una comisaría de policía—. No será preciso, Mike... Vamos... Iré a cualquier otro sitio... Tengo algún dinero. Un... un hotel o un albergue... Mañana decidiré lo que puedo hacer...

Y apoyada en el brazo firme de Mike Monroe, la joven de los cabellos color miel emprendió la marcha hacia el automóvil, dejando atrás a su marido y a la ninfómana Velda King, que contemplaba pesarosa al joven arrogante y viril que se alejaba, lamentando quizá no haberse encontrado con él en más favorables circunstancias para un romance que satisficiera su insaciable voracidad sexual.

—Suba —invitó Mike a la muchacha, haciéndola acomodar de nuevo en su automóvil—. Vamos a alguna parte primero, a tomar una copa. Creo que la necesita. Luego... la llevaré adonde usted me diga, Scarlett.

Y en esta ocasión, estaba tan absorta Scarlett en su reciente y dolorosa experiencia, que no llegó a tiempo de cambiar de emisora.

Y Mike Monroe, mientras conducía, North Avenue abajo, alejándose de la delirante vivienda del escultor, pudo escuchar en la emisora sintonizada el último boletín de noticias:

«—... En cuanto al hallazgo macabro de tres jóvenes asesinados junto a sus motocicletas, en las proximidades de la cárcel de mujeres, la policía ha podido confirmar, según comunicó el informante anónimo por teléfono, que todos ellos fueron degollados con una misma arma, una navaja automática, muy afilada, propiedad al parecer de uno de ellos. Da la impresión, por ciertos detalles sospechosos, que los jóvenes intentaron forzar y violar a una mujer solitaria, cuando fueron muertos. No hay seguridad de que una mujer sola pudiera cometer el triple crimen, pero se busca activamente, por parte de nuestras autoridades, a una mujer recién salida hoy de prisión, llamada Scarlett Grooves, cuya guitarra, destrozada, apareció al lado de las víctimas del triple crimen sangriento. Se sabe que la joven sospechosa es gran adicta a la música folk y...».

Esta vez fue Mike Monroe quien, sin prisas, cerró el receptor, dejando el automóvil en silencio. Sus ojos fueron al encuentro de los de ella. Y los encontraron. Scarlett le contemplaba con pupilas dilatadas por el horror y el pánico. Temblaba. Estaba más pálida aún que en casa de Happy Grooves.

—Scarlett, ¿le gusta la música folk? —preguntó Mike.

—Sí...

—¿Es suya la guitarra rota?

—S... sí... —jadeó—. Pero... ¡yo no lo hice! ¡No les maté, lo juro! ¡Me atacaron...! Al recobrar el sentido... ¡estaban muertos los tres! ¡Tiene que creerme!

—La creo —dijo gravemente Mike, asintiendo con la cabeza—. Pero hemos de darnos prisa.

Y aceleró hasta imprimir a su coche una velocidad vertiginosa, en la ciudad sin tránsito, a aquellas avanzadas horas de la madrugada.

—¿Adónde... adónde vamos ahora? —musitó Scarlett, asustada.

—A buscar un refugio —dijo Mike, escueto.

CAPÍTULO V

La mano de Happy Grooves cerró la televisión bruscamente.

La imagen del presentador del programa matinal desapareció junto con la luz de la pantalla, cuando terminaba de dar el boletín de noticias de última hora, antes del programa musical de la mañana.

Se volvió a Velda. Ésta estaba muy pálida, los ojos dilatados, contenida la respiración. En sus manos, temblaban la cucharilla y la taza de café.

—¿Oíste esto? —murmuró roncamente el escultor, paseando nervioso por el gabinete.

—¿Crees que soy sorda? —Velda apuró el café de un trago—. Tres muertos... ¡Un triple asesinato!

—No puedo entenderlo —sacudió la cabeza el escultor—. ¿Quién sería?

—¿Scarlett?

—No digas tonterías. ¿Cómo iba a ser ella?

—El locutor de la televisión ha dicho que...

—Olvida al locutor de la televisión. Se limitaba a leer un boletín de la policía. Sólo son deducciones, sospechas... Una mujer sola no puede degollar a tres jóvenes de menos de veinte años con esa facilidad.

—Pero sucedió cerca de la penitenciaría de mujeres... Y está la guitarra de Scarlett. ¿Cómo explicas eso?

—No lo sé. Tendrá su explicación. Quizá la atacaron. Y ella escapó. Alguien la ayudaría, detuvo a los tres chicos, los atacó, hubo lucha...

—¿Ese hombre, Mike? ¿El joven que la protegió esta madrugada? —sugirió Velda.

—Ese bastardo... —Happy, furioso, sacudió su cabeza, con aire dubitativo—. Pudo ser él, pero me sigue pareciendo demasiado para una persona sola, por fuerte y hábil que sea... No sé, Velda, no logro entenderlo. Pero fuese como fuese lo que ha sucedido... no se puede negar que todo esto nos favorece. Y mucho.

—¿A ti y a mí? —dudó ella—. Aunque la encarcelasen de nuevo,

¿qué ganamos nosotros? Claro que si fuese de por vida, podrías librarte de ella, solicitar la nulidad del matrimonio...

—Ahora no pensaba en eso, querida Velda, sino precisamente... en la efectividad de ese matrimonio.

—¿Piensas seguir viviendo así conmigo? —Se irritó ella.

—Espera que termine de hablarte. Tú sabes lo que está en juego. Sabes lo que esperábamos conseguir con el encarcelamiento de Scarlett...

—Oh, ¿aquello? Olvídalo como lo olvidé yo, querido —habló Velda, despectiva.

—¿Por qué he de olvidarlo?

—Supongo que te refieres a su famoso seguro de vida con cláusulas especiales... Puedo recordarlo con todo detalle. Un seguro de un millón de dólares, cuyas pólizas tú has seguido pagando puntualmente, extendido a nombre de tu esposa Scarlett. Si ella muere, lo cobras íntegro. Si fuese recluida en un sanatorio psiquiátrico o en un manicomio por el resto de sus días... también lo cobrarías. Ésa es su más curiosa cláusula especial, ¿verdad, querido? Pero no te sirve de nada. Porque ni aquel tipo murió, ni ella fue enviada a un sanatorio de enfermos mentales. No sólo eso... sino que ahora está viva, en libertad... Y si averigua que aquel viejo seguro sigue en vigor, lo anulará sin perder tiempo, para que no te beneficies ni sientas tentaciones malignas contra ella...

—¡Oh, el seguro...! —suspiró cansadamente él—. Ese famoso seguro... No es fácil dejar de pensar en él. Scarlett ni siquiera lo recuerda. Pero es válido aún. Yo he procurado durante todo este tiempo que lo sea. E hice lo imposible por cobrarlo, tú lo sabes...

—Sí, claro que lo sé —ella soltó una carcajada sarcástica—. Sé de tu fracaso, mi querido Happy...

—¡Velda! —Se enfureció él.

—Bien sabes que es cierto. Intentaste todo. Lo hiciste todo, para alcanzar ese dinero. Ya lo veías en tu mano. Me prometiste joyas, abrigos de pieles, una casa en Florida, el mundo entero... ¿Y qué ganamos? ¡Nada, Happy! Fue un fracaso. Fuiste un fracaso, lo mismo que lo eres como artista, como creador de esculturas abstractas...

—Velda, no hables así —se crispó Grooves, furibundo—. No me irrites...

—Te dije entonces que debías asegurar el golpe, estar seguro de sus resultados finales, querido. ¿Y qué hiciste? Asegurarme que sí, que todo iba bien. Que ella iba a ser enviada a la silla eléctrica... o, como mínimo, a un manicomio para toda su vida. Era lo que necesitabas para cobrar la póliza. ¿Y qué sucedió? Que el tipo que fue agredido, sobrevivió sin problemas, retiró sus acusaciones... y la dulce Scarlett, por intento de homicidio, pasó a cumplir una pena demasiado corta, que aún se acortó más con su buena conducta entre rejas. ¿Eso nos ha resuelto algo, Happy Grooves? ¿Dónde está la prueba evidente de ese genio tuyo, tan ponderado? ¿Es que encima vas a estar pagando la póliza de seguro de tu mujer para no ver un solo dólar de ella?

Happy Grooves miró con disgusto a su interlocutora. Y manifestó con voz ronca, señalando el recién apagado televisor:

—Escucha, Velda; esa noticia que acaban de transmitir, puede ser la clave de todo, el inicio de una etapa infinitamente mejor para nosotros. Puede que sea lo que estamos esperando. Admito que fracasé. Bien. También tú fracasaste, querida.

—¿Yo? —Se soliviantó Velda.

—Claro —rió sardónicamente Happy, mirándola acusador—. Recuerda, cariño... Entre tú y yo atacamos y herimos a aquel hombre, haciendo creer que era Scarlett. Ella estaba bajo los efectos de la droga, y no podía saber nada. Se creyó realmente culpable, y así lo confesó ante el juez, sin imaginar siquiera que era obra nuestra todo el asunto... Fallamos, lo admito. Ahora, ella está libre. Pero la buscan de nuevo. Y por tres asesinatos ya cometidos, ¿entiendes? Sólo nos hace falta probar a la policía que ella es culpable de esos asesinatos.

—Y... ¿sí no lo es?

—Imbécil del diablo, claro que no es culpable. Ninguna mujer degollaría a tres muchachotes fuertes, robustos y agresivos como esos. Pero vamos a utilizar el asunto en nuestro beneficio. Y vamos a lograr que la ejecuten o la encierren de por vida... ¡cobrando nosotros ese millón de dólares!

* * *

El funcionario de policía colgó el teléfono, pensativo. Luego,

levantó la cabeza. Miró por encima del mostrador, hacia el hombre de gabardina clara, descuidadamente colgada de los hombros. Le llamó con un gesto y una voz calmada:

—Eh, teniente Murray...

—¿Sí? —El oficial de policía se volvió hacia su subordinado—. ¿Alguna novedad, Sam?

—Sí, señor. Una llamada anónima. Colgaron antes de que pudiera intentar siquiera que localizasen su origen. Pero era urbana. De esta misma ciudad, seguro.

—Bien, bien —el oficial se aproximó al mostrador donde estaba la comisaría—. ¿Qué era?

—Una denuncia. Alguien ha visto a la chica, a esa que salió de presidio anoche...

—¿Scarlett Grooves?

—Sí, exacto. La han visto esta madrugada en la ciudad. En un coche color azul, posiblemente un «Ford» modelo de hace dos años... No, no vieron la matrícula. Pero el tipo se llamaba Mike. Al menos, así le llamaba ella. Parece que llevaba manchas de sangre en sus ropas y estaba muy asustada. No llevaba la guitarra consigo.

—Eso encaja, Sam. ¿Alguna noticia más?

—No, ninguna. Colgaron cuando les pregunté más detalles. Pero dijeron que parecía drogada. Y que no está muy bien de la cabeza...

—Se tocó significativamente la sien.

—Entiendo. ¿Era voz de hombre?

—Sí, de hombre. Disfrazada con un pañuelo, sin duda. Difícil de identificar. Pero tampoco pude grabarla. Fue demasiado rápido, teniente.

—Está bien, Sam, no te culpo de nada —masculló el teniente Murray, de la policía local—. Nosotros no somos el FBI, después de todo. Pero tenemos tres crímenes horribles entré manos, y eso es lo que cuenta. Da esos datos a los muchachos. Que busquen el «Ford» azul, modelo de hace dos años. Y al tipo llamado Mike. Y, desde luego, a la tal Scarlett... Ah, por cierto, tengo ya la dirección de su marido. Un escultor chiflado, un tal Happy Grooves, que tiene una casa delirante en North Avenue. Iré hacia allá con el sargento Benson. Vosotros, buscad en ese otro terreno que anduvimos examinando antes...

—¿Los Rojos?

—Sí, Los Rojos. Todos los que murieron llevaban chaqueta de cuero roja. Eso significa que pertenecían a esa pandilla juvenil. Hay otra, rival de ellos: Los Arañas. Ésos llevan chaquetas de cuero negras, claveteadas, y cruces gamadas en las solapas. ¡Peste de muchachos! Están todos locos en nuestra época, Sam. Antes jugábamos a billar, a fútbol o a rifarnos la chica más bonita y coqueta del barrio para el baile del sábado por la noche. Ahora, se dedican a formar bandas, a matarse entre ellos... ¡Delicioso tiempo el que vivimos, malditos sean todos!

—¿Cree de veras que se trata de una guerra entre grupos juveniles, teniente?

—No lo sé. Pero hay que estar seguros de todo. A esa Scarlett también, por supuesto. Esté donde esté... tiene que aparecer. Pero antes de nada... veremos lo que nos dice su maridito, el escultor modernista...

Y cuando Sam asentía y el teniente Murray se encaminaba hacia la salida, otro agente le llamó desde su mesa de trabajo del Precinto policial del distrito:

—¡Eh, teniente, un momento! ¿Qué hacemos con ese restaurante de carretera, el Cactus? La familia de la víctima del atraco de anoche, los Parrish, están presionando al alcalde y al comisionado para que hagamos algo efectivo...

—Oh, sí, por todos los diablos... —Murray se detuvo cerca de la salida, echóse atrás el sombrero y resopló, frotándose la nuca con rabia—. Ahora, los condenados tipos de la Guerrilla Simbiótica Alfa... Esos bastardos que hacen sangre y muerte de su política asquerosa... ¿Es que en el mundo actual no puede haber gente sana, que no piense en muertes, en robos, en política o en violaciones?

—Sí, teniente —rió el policía, sacudiendo la cabeza—. Dicen que aún hay gente capaz de hacerse policía por un sueldo miserable...

Murray le miró, ceñudo, luego esbozó una mueca que pretendía ser una sonrisa y fue hacia la salida, rezongando entre dientes:

—Arrestad a todos los Arañas que podáis. Si se resisten, pegad duro. Buscad a otros miembros de Los Rojos, si asoman por ahí... En cuanto a los guerrilleros simbióticos, Freddy, me gustaría saber a quién demonios tenemos que echar el guante. Sabemos tan poco de ellos... Aparecen y desaparecen como si se los tragara la tierra, usan mallas oscuras, caperuzas, metralletas modernas... ¡Batid todo el

terreno en derredor, buscad huellas, las que sean! Y calmad a los Parrish, claro. Y, sobre todo, al alcalde y al comisionado. O no llegaré sano y salvo a fin de mes...

Desapareció por la calle, jurando entre dientes como un poseso. Sam y Freddy se miraron, encogiéndose de hombros. Y se lanzaron a sus respectivas tareas, mientras el teniente Murray en caminaba al 1135 de North Avenue, en busca de Happy Grooves, el marido de Scarlett Grooves, una ex convicta salida de presidio... y desaparecida la misma noche de su liberación.

* * *

Lentamente, cerró la puerta Happy Grooves, aún con la sonrisa en sus labios. Ésta se borró apenas giró su cabeza hacia la puerta del fondo de su estudio. Entre las enormes e inverosímiles esculturas, mitad piedra mitad metales retorcidos, asomó Velda cautelosamente. Miró hacia su amante. Happy habló con voz dura, cortante:

—Ya oíste... La policía lo tomó en serio. Muy en serio. Buscan a Scarlett. Mi llamada anónima tuvo éxito. He fingido pesar, he defendido ardientemente a mi amada esposa... Pero se sigue sospechando de ella. Está seguro de que tuvo mucho que ver en el asesinato de los tres chicos. Eso es lo que quería. Es lo que necesitábamos, Velda.

—Happy, eso no significa nada por sí solo. Puede que Scarlett nada tuviera que ver en ello. O que no puedan probar su culpabilidad en el hecho. El teniente aventuró también que hay bandas rivales... y los muertos pertenecen a una de ellas.

—Tonterías. Les convenceremos de que fue Scarlett.

—¿Convencerles? —Ella le miró, asombrada—. ¿Cómo?

—Del único modo posible: haciéndola aparecer culpable de otro asesinato.

—¡Happy! —se asombró Velda—. ¿Te das cuenta de lo que dices? Eso es imposible. Ni siquiera sabemos dónde está ahora tu mujer...

—Eso no importa. Tarde o temprano, irá a un determinado lugar.

—¿Cuál?

—La Cueva.

—¿La Cueva...?

—Sí. Un garito muy especial. Se toca folk. O *rock*.

Según los casos. Allí la gente se embriaga con música. Y con drogas. Yo llevé allí a Scarlett la primera vez. Yo la inicié allí con los alucinógenos... Volverá. Cualquier día volverá, seguro. Recordará sus conciertos de guitarra, sus canciones. Y recordará a Roovy.

—¿Roovy?

—Sí. Un pillo muy listo. Especializado en traficar con ciertas mercancías... Scarlett le conoce bien. Y él a ella. Se sentirá atraída por ese lugar. Ejercía sobre ella una rara fascinación cuando la encarcelaron. Lo habrá recordado en sus largas horas de cautiverio. Y volverá. Seguro que volverá.

—Bien, ¿y qué, si vuelve? ¿En qué nos beneficiaría eso? —dudó Velda, sin quitar sus astutos ojos de encima de su amante.

—Muy sencillo: será nuestra gran ocasión, querida...

—La ocasión... ¿de qué? —quiso saber Velda, con un gesto destemplado.

—La ocasión de presentarla como asesina ante la ley. Todo estará preparado. Y esta vez, si no la ajustician... irá para siempre a un manicomio. Seguro, cariño.

—¿Cómo esperas conseguir tal cosa?

—Muy sencillo, cariño: cometiendo allí un asesinato.

—¿Qué? —jadeó Velda, horrorizada, mirándole a los ojos.

—Lo que he dicho. Un asesinato que, en apariencia, habrá sido cometido por ella. Y tú, mi querida Velda, tú... serás la asesina en ese caso...

CAPÍTULO VI

Las ediciones vespertinas de los diarios coincidían en casi todo.

Tío Doria, sin embargo, tenía ediciones de casi todos los rotativos que acababan de salir a la calle con ediciones especiales relativas a los sucesos del día en la ciudad.

Tendido en su litera, envuelto en un barroco batín de seda estampada, fumaba un cigarrillo aromático, en una larga boquilla dorada. Junto a él, en una mesa, reposaban una botella y una copa con un licor de color verde esmeralda.

Los ojos maquillados del singular individuo, iban recorriendo pausadamente los titulares de cada periódico, como recreándose en ellos. Parecía disgustado en parte, por haber perdido las cabeceras de primera plana, en favor de otro suceso más sangriento que el del restaurante Cactus:

«Misteriosa muerte de tres jóvenes pandilleros. ¿Quién degolló a los miembros de la banda Los Rojos?».

Luego, en segundo plano, otra noticia:

«Los guerrilleros simbióticos de Alfa atracan un restaurante. Un asesinato. Miles de dólares de botín. ¿Hasta cuándo?».

Y así todos. Se ensimismó en la lectura de los informes sobre el primer caso. Pegó un respingo en su litera, al leer cierto párrafo:

«Según una llamada anónima, Scarlett Grooves, la sospechosa de triple homicidio, ha sido vista en compañía de un joven conductor de un “Ford” azul, modelo de dos años atrás, a quien ella llamaba Mike... Se está intentando localizar a la pareja, pero hasta el

momento, todo resulta inútil».

—¡Mike! —murmuró entre dientes, con un destello de ira en sus ojos—. Un «Ford» azul... ¿Ese imbécil habrá sido capaz de... de mezclarse en algo así? ¡Le haré matar, si lo ha hecho realmente!

Arrojó furiosamente el periódico al suelo, y corrió hacia la puerta de su gabinete, que abrió, lanzándose fuera de él y cerrando herméticamente tras de sí.

Un mundo extraño, alucinante, acogió la altísima, sofisticada figura del homosexual, que con largas zancadas, agitando histéricamente sus brazos, avanzaba por los corredores circulares, de luz aséptica, de un blanco crudísimo, casi violento, entre vidrieras, paneles y enormes hileras de computadoras, bombos de cinta magnética, tableros electrónicos y cuando constituía un auténtico mundo frío y funcional, destinado a la informática pura.

Era la última planta de un altísimo edificio urbano, visible desde casi toda la ciudad, dada la luminosidad resplandeciente de sus cristaleras asomadas a la calle, con las grandes letras luminosas rematando la forma hexagonal del modernísimo rascacielos:

CENTRO DE MUSICA ELECTRONICA Y GRABACION MAGNETICA DEL SONIDO

Una institución en la ciudad. Y él, Doria Shavelson, su creador y mecenas, su director y responsable. Una entrega total al sonido grabado, a la perfección electrónica en la música, a la reproducción melódica y a la creación de sonidos nuevos o al estudio de modernísimas técnicas de trucaje y grabación musical. Era la obra de Doria Shavelson... Un hombre gigantesco, a quien otros conocían simplemente como «tío Doria». Sus alumnos predilectos, entre otros. Los componentes del famoso conjunto musical de más avanzada técnica electrónica en todo aquel estado y, posiblemente, en gran parte del país: The Silver Computer.

Lo demás, la segunda vida secreta de los Computer, era eso: puro secreto. Nadie, en la ciudad, en el estado o en el país todo, hubiera asociado a Doria Shavelson, genio de la electrónica, con el cerebro rector de la Guerrilla Simbiótica Alfa, los asesinos encapuchados.

Y ahora, desesperadamente, aquel genio del crimen estaba tratando

de que las cosas continuaran igual, de que un error de un nuevo miembro del grupo no llegase a provocar el caos en sus bien calculados planes.

Cuando llegó a una planta inferior en actividad, a través de los grandes paneles de vidrio descubrió al guitarra bajo, Cooley Osmond, practicando nuevos sonidos en una grabadora especialmente programada. Penetró allí airadamente, empujando la puerta vidriera de la cámara. Cooley dejó su guitarra y paró la grabadora, al verle aparecer. Le miró, entre sorprendido y preocupado, al descubrir su expresión airada, tras el maquillaje exagerado del singular miembro del gay power.

—Tío Doria... —habló Osmond—. ¿Sucede algo grave?

—Puede ser muy grave, Cooley —asintió secamente su jefe—. Se trata de Mike.

—¿Mike? ¿Mike Monroe? ¡Oh!, se adaptará, no lo dude. Sabe que no tiene escapatoria posible. Y, después de todo, ¿a quién no le gusta el dinero fácil?

—No me refería a eso —agitó sus brazos Doria Shavelson, patéticamente—. Mike se ha metido en líos. Es un maldito estúpido. Un condenado caballero andante, o poco menos.

—¿Líos? —arrugó Cooley el ceño—. ¿Qué clase de líos, tío Doria?

—El peor que podía elegir: una sospechosa de asesinato.

—¿Qué?

—Triple asesinato. Una ex reclusa liberada anoche. Hay tres crímenes. Tres jóvenes pandilleros que parece ser la agredieron con ánimos poco honestos... Ahora la busca toda la policía del condado. ¡Y Mike Monroe ha sido visto con ella anoche!

—¿Está seguro? ¿Por qué cree que era Mike? —Se asustó Osmond.

—Es evidente. Un joven llamado Mike... y un coche azul. Un «Ford» de hace dos años. Es su coche, recuérdalo.

—Cierto. Pero esta ciudad es grande. Puede ser una coincidencia...

—Puede serlo. Pero estoy seguro de que no lo es. Llama a su apartamento. Hablaremos con él. Dile cualquier cosa. Que recuerde la hora de reunión del grupo, mañana. A las seis en el Business Center Building.

—Sí, claro. —Osmond se acercó al teléfono. Pulsó las teclas de un número. Esperó largo rato. Repitió la suerte, por si hubo error en el número. Luego colgó, sacudiendo la cabeza negativamente—. No

responde...

Los ojos de tío Doria brillaron. Asintió, ceñudo.

—Claro —rió, maligno—. Lo esperaba.

—¿Por qué? Si está con esa chica...

—Si está con esa chica, Cooley, no sería tan tonto de refugiarse en su apartamento, eso es obvio. Ha buscado algún refugio. La oculta a ella. Y de paso se oculta él. Habrá oído ya por televisión que buscan a un tal Mike. Estará preocupado. O asustado. ¡El muy necio puede derrumbarlo todo, con ese comportamiento!

—¿Qué podemos hacer? Si no está en su domicilio... ¿dónde buscarle?

—Creo que eso no será problema —silabeó tío Doria fríamente—. Cuando yo conocí a ese muchacho cantaba con un conjunto de ínfima categoría. Pero ya tenía clase como rocker. Apunté su nombre, aunque no le contraté todavía. Entonces no vivía en un apartamento céntrico, como ahora. Tenía una vivienda más humilde. Sólo que... no era arrendada. Era suya. Heredada de sus padres, ya difuntos. No creo que se haya deshecho de ella.

—¿Dónde era?

—Cerca del río, en East Corner, junto a los muelles. Vamos a ver si está allí.

—¿Y si está...?

—Estará también ella, Scarlett. Eso, seguro. Vamos, llama a cualquier otro de los muchachos. Ingram, por ejemplo. Iremos los tres.

—Sí, tío Doria, como usted diga —se apresuró a asentir el guitarrista.

—Un momento —cortó tío Doria—. Nuestro Mike ha resultado muy vulnerable al sexo femenino, ¿no te parece?

—Sí, es evidente. —Cooley estudió a su jefe—. ¿Por qué lo dice?

—Por nada —rió entre dientes el hombre sofisticado, quizá para ocultar lo mejor posible los celos que tales cosas producían en él—. Pero ya que la mujer es su punto flaco, le vamos a atacar en ese punto. Y a fondo. Tú... tú recuerdas a Saddle, ¿no es cierto?

—Saddle... ¿Saddle North? —masculló Osmond.

—La misma, sí.

—¡Uff! —resopló—. ¡Qué mujer! Creo que nunca vi otra más hermosa, más turbadora... ni más capaz de enloquecer a cualquier

hombre.

—Bien. Llámala. Sabes dónde hallarla, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. ¿Qué debo decirle?

—Que hay dinero. Mucho dinero para ella. Diez mil dólares... si conquista a Mike Monroe. No puede serle difícil... Cuando la tengas, iremos en busca de él.

—Estará todo listo enseguida... —Cooley salió, sacudiendo la cabeza—. ¡Cielos, diez mil dólares por conquistar a Mike! Ese tipo tiene suerte. Saddy puede conquistar a quien quiera sólo con mirarle... y Mike va a disfrutar de una conquista a fondo con semejante bomba de mujer...

Pero tío Doria había dado una orden. Cooley iba a cumplirla.

* * *

—¿Te marchas, Mike?

—Tengo que hacerlo, Scarlett. Será por poco tiempo. Sólo un par de horas, como máximo. No tenemos aquí provisiones, ni nada en condiciones. Esta casa estaba abandonada desde hacía tiempo. Debemos proveernos. Ocultarnos, no significa morir de hambre. Y de sed.

—Pero tú tendrás tu trabajo... Yo sólo voy a traerte problemas —murmuró ella, mirándole preocupada.

—Bueno, mi trabajo no es cotidiano —sonrió Mike—. Mañana sí tengo algo que hacer. Lo haré, claro. O me fingiré enfermo, no sé aún. Ya hablaremos de ello, hay tiempo. Aprovecharé para llamar a mis compañeros de trabajo. Como ves, aquí ni siquiera hay teléfono. Aunque eso quizá sea mejor para nosotros. Más seguro.

Scarlett y Mike se miraron en silencio unos momentos. Solos los dos en aquella vivienda humilde, húmeda, descuidada, con polvo de meses, situada en una zona situada al este del río, parecían tan lejos del mundo como en una estrella. Pero ambos sabían que eso era ficticio, engañoso. Y también peligroso si fiaban demasiado en ello. La policía andaría cerca. La ciudad y sus alrededores eran el escenario de una vasta redada...

Y Scarlett era la presa buscada.

—Mike, no has debido hacerlo —dijo ella de pronto.

—¿Hacer qué?

—Todo esto por mí... Es una locura. Una completa locura. Me busca la policía, es muy posible que te acusen de complicidad, de encubrimiento... Ni siquiera sabes nada de mí. Yo podría ser, realmente, una mujer peligrosa. De hecho, lo soy. He sido encarcelada por intentar asesinar a un hombre...

—No me importa todo eso. He pensado que necesitaba ayudarte, y lo hice. Me gusta seguir mis impulsos. No pienses que soy ningún ángel, Scarlett... También yo tengo mis problemas con la ley. Nunca los tuve, pero ahora... —Y se encogió de hombros amargamente.

Scarlett se aproximó a él. La miraba con profunda ternura e interés.

—Eres el único que se ha preocupado realmente por mí —murmuró la muchacha—. Ya has visto cómo es Happy... No tuve mucha suerte en la vida. Me casé muy joven. Tenía algunos medios. Dinero, una casa... Es cuanto obtuve de mis padres. Luego, lo tiré todo. No tuve cabeza. Conocí a Happy y me uní a él. Mis padres habían muerto en un accidente, y no tenía a nadie que me aconsejara bien. Luego, incluso llegamos a casarnos. Fue una estupidez, lo sé. Pero lo hice. Y es tarde para arrepentirse de ello.

—No necesitas contarme todo eso —sonrió Mike, alentándola—. Soy tu amigo, y basta.

—Pero necesito contárselo a alguien... Mike, no todo eso es mi historia. Hay más cosas. Y todas ellas bastante feas y tristes. Cuando conocí a Happy ya no era ni siquiera una muchacha virgen. Había ocurrido algo... Tuve un trauma muy fuerte, de adolescente. Un tipo abusó de mí... Un maldito canalla. Hubiera querido matarle, pero era más fuerte que yo. Y se reía al forzarme. Creo que nunca olvidaré su sucia risa... Después de eso, lo pasé mal. Me sentía llena de horribles complejos, de odio a los hombres... Pero Happy parecía diferente... y caí en sus redes. No es tan brutal como le has visto hoy, eso es cierto. No lo era, cuando menos. Pero bebe demasiado. Y también se droga...

—¿Drogas? —Mike Monroe enarcó las cejas—. ¿Y... tú?

—Desgraciadamente... también —suspiró ella, bajando los ojos.

—Él te inició en eso, ¿no?

—¿Quién, si no? Drogado, decía que trabajaba mejor sus materiales para esas horribles esculturas que no dicen nada ni tienen sentido alguno. Me habituó a mí. ¡El muy...! Primero fue solamente fumar marihuana y cosas así. Decía que no era nada. Una broma, una

diversión. Pero era el principio, Mike. Luego siguieron otras cosas... morfina, LSD... Sí, todo eso. Más dosis cada vez. Hasta que ya no puedes dejarlo... En la cárcel, sí. Allí pude dejarlo. Tuve que dejarlo. Ha sido como una liberación...

Mike Monroe la miraba fijamente. De pronto, aferró un brazo de la joven. Lo tomó con energía, alzó la manga de color desvaído de su vieja camisa tejana. Señaló algo.

—¡Mira, Scarlett! —jadeó—. Ya lo noté antes, en casa de Happy, al alzarle del suelo. ¿Por qué me mientes?

Ella miró con ojos dilatados el punto reciente, rojizo aún, donde una aguja hipodérmica penetrara en su carne, a la altura del codo. Exhaló un gemido y cerró los ojos.

—Oh, Mike... Esto no me lo hice yo. Fueron aquellos malditos. Esa basura de muchachos de las motocicletas poderosas. Los de chaquetas rojas, que me agredieron... Me inyectaron. Sabían que eso me dejaría inconsciente en sus manos. Juro que fue eso, Mike...

—Te creo —él soltó su brazo. La miró pensativo—. Scarlett, ¿no viste a nadie al recuperarte?

—A nadie. Sólo los cadáveres... Era horrible —respiró agitada, con el rostro demudado, por el tremendo recuerdo.

—Lo creo. No pienses en ello. Los que lo hicieron, aprovecharon que estabas inconsciente. Y quizá eso salvó tu vida, evitando que fueses testigo de la matanza. Dicen en los últimos boletines de noticias que buscan a una banda juvenil, Los Arañas —señaló el pequeño transistor sobre una estantería—. No dejes de escuchar mientras estoy fuera, Scarlett. Conviene saber lo que hacen. Ellos ahora te culpan a ti de ese triple crimen porque habrán encontrado tu guitarra, por tus referencias sobre aquella agresión a un hombre, lo que te envió a prisión... Dime una cosa: ¿también ese tipo intentó...?

—Sí —suspiró ella—. Como el primero. Como esos mozos de las motocicletas... Parece que es mi triste destino. Lo intentó. Luchamos. Le herí... Me desvanecí, y al recuperarme, el tipo sangraba abundantemente, estaba malherido... Happy lo encontró. No quiso ocultar lo ocurrido. Llamó a la policía... Tenía tanto miedo, parecía tan asustado...

—Parecía... —repitió Mike Monroe, pensativo. Miró a Scarlett, mientras su mente funcionaba con celeridad—. ¿Conocía Happy a

aquel hombre?

—Pues... sí. Tenía negocios con él. Le vendió algunas esculturas. Era un tipo de buena posición. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —sacudió la cabeza Mike, reflexionando—. Me pregunto si tú, realmente...

—Si yo... ¿qué?

—Prefiero estar seguro de eso antes de aventurar teoría alguna —la miró con simpatía, y tomó sus manos con calor—. Scarlett, ¿existe algo que pueda beneficiar a Happy, si tú sufres algún daño, como ser encarcelada, internada o cosa parecida?

—¿Beneficiarle a él? No, supongo que no, a menos que quisiera librarse de mí... ¿Por qué lo preguntas?

—Era sólo una posibilidad. —Monroe arrugó el ceño—. Lástima que no seas una esposa rica, ni nada parecido...

—Pues no, no lo soy. Incluso la casa donde ahora vive ese cerdo... cometí el error de ponerla a su nombre. No tengo nada que pueda ambicionar. Pero no he logrado entenderte...

—Es igual. Ya te contaré más adelante. Es una idea que se me ha ocurrido. Y no sé... Pese a todo, sigo pensando en ella. Indagaré, por si acaso.

—Mike, por favor, no tardes —miró en derredor, a las abandonadas paredes y muebles de la vieja casa ribereña—. Tengo miedo...

—No temas nada —la calmó él, sonriendo con amplitud—. En un par de horas o poco más, estoy de regreso. No te asomes. Ni abras aunque alguien llame. En apariencia, sigue sin haber nadie aquí. Quiero que piensen eso, Scarlett. Hasta pronto.

—Hasta pronto, Mike —e impulsivamente, la joven se inclinó, besando la mejilla del joven cantante.

Éste sonrió, desapareciendo y cerrando cuidadosamente tras de sí. Scarlett se quedó sola. Por un momento, pareció agobiada, acobardada con esa soledad. Miró en torno suyo, como si las paredes mismas pudieran ser sus enemigos mortales. Se tranquilizó al comprender que allí estaba segura. Lejos de Happy, lejos de la policía, lejos de todo el mundo...

Se dejó caer en la alfombra, tras conectar el transistor, que transmitía música *rock*. Comenzó a jugar con su mochila, la abrió y hurgó dentro, en las pequeñas e incongruentes cosas que había recuperado al abandonar la prisión. Cosas de tiempo atrás,

cuando había sido conducida allí para cumplir su condena...

Papeles viejos, doblados y rugosos, un libreto con partiduras de guitarra, llaves, carteritas de fósforos, tabaco que había perdido su aroma, útiles de aseo, unos collares con colgantes *hippies*, unas fotografías de Joan Báez y Bob Dylan, unas gafas de sol con montura metálica...

Sonrió, contemplando todo aquello. Sólo cuando se fijó en la carterita de fósforos, de negra cartulina plastificada, sufrió un sobresalto. Los ojos se clavaron en el nombre allí impreso:

LA CUEVA DISCOTECA Y CLUB

Y su emplazamiento, su teléfono...

«Roovy —pensó, con un estremecimiento—. Roovy... La droga...».

Tembló de pies a cabeza. Sintió la boca seca. Angustiada, se puso en pie, caminó hasta la cocina, se puso un vaso de agua y lo apuró de un trago. Cerró los ojos, apretando los puños.

No, no quería pensar en eso. No debía pensarlo. Pero pensaba. Y estaba sola.

En la radio, la música *rock* era ahora una pieza tétrica, en la voz y en los instrumentos de percusión de Alice Cooper.

Scarlett seguía pensando, pensando... Viejas tentaciones, antiguos vicios, acosaban su mente como espectros, como fantasmas de horror. Y ni siquiera sabía si sería capaz de dominarlos, de vencerlos...

CAPÍTULO VII

—Ella volverá allá, estoy seguro...

—¿A La Cueva? ¿Y qué, si vuelve?

—Estaremos esperando ese momento. Vigilaremos el local. Nos turnaremos en eso, Velda.

—Es una idea disparatada. ¿Qué podemos conseguir?

—Todo. Ella terminará por sentir la tentación del regreso a la antigua vida, la que yo le enseñé. Esas cosas dejan huella. Y más ahora. ¿Oíste el último boletín de la televisión? Han encontrado una jeringuilla hipodérmica y una ampolla, rotas, en el lugar del triple crimen. La policía deduce que contenía algún estupefaciente inyectable. Y es posible que se utilizara para pretender reducir a la chica y abusar de ella... Si Scarlett fue drogada, no pudo ver quiénes mataron a la pandilla. Por eso mismo, ignorará si pudo ser ella misma. En su delirio, tras lo que sucedió la otra vez y organizamos nosotros, se creará culpable. Pero lo importante es que ya ha vuelto a sentir una droga en sus venas. No pasará mucho sin que busque más. Y sólo conoce un lugar donde ir a buscarla, Velda.

—¿La Cueva?

—Eso es: La Cueva. Roovy está casi siempre por allí, y ella lo sabe. Irá a verle.

—¿Y...?

—Y ahí entramos nosotros. Mejor dicho: ahí entras tú...

—¿Yo? —se extrañó Velda, desconfiada—. ¿Por qué yo? Tú eres el de las ideas...

—Pero no soy mujer, encanto. Tú, sí.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A esto: en cuanto Scarlett entre y sea vista por algunos testigos, tú procederás a ponerte una peluca rubia que tendremos preparada. Irás vestida como ella. Te aprietas esas grandes redondeces tuyas con lo que quieras, pero lo haces, para que nadie note nada demasiado exuberante en tu cuerpo. Recuerda que deberás interpretar el papel de Scarlett. La Cueva es un lugar oscuro, donde será fácil representar la farsa. En cuanto Scarlett se reúna con

Roovy, sin duda en la planta alta, donde siempre se mete Roovy para negociar con sus mercancías, tú llegarás sin ser vista. Yo estaré ya por allí dentro, vestido de forma que nadie me reconozca. Entre los dos lo haremos: Scarlett será drogada, tú matarás a Roovy... y correrás a reunirme conmigo, procurando que todos te vean huir, con las ropas y pelo de Scarlett. Luego, habrá tiempo de alejarse de allí, y la policía será avisada, encontrando a Scarlett junto a su nueva víctima.

—Matar a un hombre... —Tembló Velda, angustiada.

—Bien, ¿y qué? Ya estuvimos a punto de hacerlo en otra ocasión, ¿recuerdas? Pero entonces nos falló. Esta vez no debe haber errores. Roovy deberá morir. Scarlett, tal y como está ahora, deambulando entre la realidad y la inconsciencia, se llegará a creer auténtica culpable... y eso puede desencadenar un *shock* definitivo, que nos deshará de ella para siempre. Ganar un millón de dólares no es tarea fácil, querida. Si quieres poner tus manos en ese dinero... tienes que matar a Roovy. Y hacer las cosas como yo he dicho. Te ayudaré, pero debo procurar estar lejos de La Cueva cuando Roovy sea muerto, porque hay mucha gente que conoce mi relación con él, y no quiero ser sospechoso ni de lejos. Mientras tú le liquidas, yo montaré mi coartada. ¿Conforme, Velda?

Ella, preocupada, sacudió la cabeza.

—Parece que no va a haber otro remedio —murmuró—. Es un millón, como dices...

—Exacto. Un millón. La policía encontrará a Scarlett drogada, y no les costará trabajo arrestarla. Si la acusan de asesinato, irá a la silla eléctrica. Si es sólo un veredicto de demencia homicida, será recluida en un sanatorio del estado, para el resto de sus días. En ambos casos, el seguro es nuestro, querida. La cláusula especial que tanto eleva el coste de la póliza, entrará automáticamente en efecto.

—¿Y... ese Mike?

—No te preocupes por él. No creo que vaya muy lejos con Scarlett. Pero aunque estuviese en La Cueva con ella, no podría hacer nada por salvarla. Ya me ocuparía de eso, puedes estar segura... Ahora, vamos a por los detalles finales de la operación. La peluca con el cabello como el de ella, las ropas tejanas, los mocasines... y el arma.

—¿El arma? —Se estremeció Velda.

—Sí —rió Happy Grooves—. El arma que servirá para asesinar a Roovy.

* * *

Mike giró la llave en la cerradura. Entró, risueño, con la bolsa repleta de víveres y botellas. Cerró tras de sí, llamando jovialmente: —¡Scarlett! ¡Eh, Scarlett! ¿Estás ahí? ¿Dónde diablos te has metido? La radio estaba abierta. Emitía música de percusión. Pero Scarlett no contestó a su llamada. Monroe arrugó el ceño, preocupado. Dejó la bolsa sobre una mesa, y se encaminó a la cocina.

Asomó a ella, intrigado. No descubrió rastro de ella por parte alguna. Se volvió, para escudriñar en las dos habitaciones destinadas a dormitorios. Se paró en seco. La sangre pareció helarse en sus venas.

Una de las puertas de los dormitorios se había abierto. Por ella, calmosamente, entraban en el gabinete tío Doria, Ingram, y Cooley... Los tres con gesto sombrío y aire nada tranquilizador.

—Hola, Mike, muchacho... —saludó melifluamente el maquillado sofisticado dirigente de The Silver Computer, agitando sus pestañas como podría hacerlo Mae West—. ¿Cómo te van las cosas? Nos costó algún trabajo dar contigo...

—Yo... yo me vine aquí por un tiempo —dijo Mike secamente, rehaciéndose—. Es la vieja casa de mis padres. No es ningún delito visitarla de vez en cuando, ¿no?

—Oh, no, claro que no —sonrió con aire apacible tío Doria, cuya alta figura resultaba grotesca con aquel impermeable suyo, color grosella, cuidadosamente abotonado—. Pero debiste decírnoslo, muchacho. Me gusta siempre saber dónde están mis chicos... Además, teníamos ensayo de nuevos trucos de sonido en el Centro... ¿No lo sabías?

—Lo olvidé. Haré doble ensayo mañana, no se preocupe, tío Doria.

—No, yo no me preocupo, Mike querido —se echó a reír sardónicamente el gigantesco miembro del gay power, tocándose sus retocados labios—. Eres tú quien tiene que preocuparse. Y mucho. Estás en boca de todos los locutores del estado.

—¿Yo? —Mike Monroe fingió ignorancia—. Oh, ese Mike de que hablan... Hay muchos en el país...

—Sí, pero no todos con un «Ford» azul de hace dos años, querido muchacho —sonrió Doria Shavelson, acomodándose con indolencia feminoide en el brazo de un sillón—. ¿Por qué te has metido en ese lío con esa chica, Scarlett?

—Un momento, tío Doria, ¿qué ha sido de ella, qué hicieron de la muchacha? —Se soliviantó Mike, avanzando hacia los tres resueltamente.

—Era, justo, la pregunta que íbamos a hacerte, muchacho —suspiró Doria, burlón—. Hemos llegado, y esto estaba como ahora lo ves. Ni rastro de la chica, salvo esa mochila llena de cosas inútiles... ¿Adónde la enviaste ahora? Estás metido en un feo asunto, cosa que no me importaría demasiado si no tuvieras nada que ver conmigo, hijo. Pero eres uno de los nuestros, y esos errores no se cometen. ¿O quieres que nos envíen a todos a la silla eléctrica sólo porque te encaprichaste de una muchacha chiflada que anda matando gente por ahí?

—¡Ella no ha matado a nadie! —protestó Mike, furioso.

—Bueno, pero la policía lo piensa, lo cual viene a ser lo mismo, en especial para mis propios intereses —cortó glacialmente tío Doria—. De modo que, lamentándolo mucho, voy a tener que darte un escarmiento para que, en lo sucesivo, sepas bien lo que haces... y a lo que te arriesgas desobedeciendo las normas de nuestro grupo.

—Escuche esto, tío Doria. No estoy dispuesto a verme manejado a su antojo, sólo porque se me obligó a acudir a un lugar determinado, asistiendo como simple espectador a un hecho criminal. Soy cantante de *rock*, no «guerrillero» de ningún partido político ni miembro de ninguna banda criminal. De modo que será mejor dejarme de una vez por todas, y olvidar que existo, como yo olvidaré que existe un conjunto musical como éste... y todo lo que ese conjunto esconde tras su fachada, ¿estamos?

—Hum... ¿Visteis qué gallito nos resulta el bello cantante? —se mofó tío Doria, mirando alternativamente a Cooley Osmond y a Ingram. Luego, se puso repentinamente serio, y sus ojos fulguraron—. ¡Vamos, dadle la lección!

Mike clavó sus ojos en sus dos compañeros de trabajo, dispuesto a repeler cualquier agresión violentamente, decidido a todo. Les vio alzar sus puños al moverse hacia él. Y comprendió, con un escalofrío, que no tenía la menor posibilidad.

Tanto Cooley como Ingram envolvían sus nudillos en unos protectores de metal, erizado de púas el uno, y provisto de duros ángulos y aristas el otro. Cada golpe de aquellos adminículos sería como machacarle con un mazo.

Logró evitar dos o tres de los golpes, fintándolos diestra y ágilmente. Pero estaba acorralado, y ellos dos llevaban sus nudillos convertidos en auténticas armas demoledoras. Bastó que le alcanzara de refilón uno de aquellos nudillos de acero, precisamente el dotado de púas. Notó el desgarrón en su rostro, y saltó la sangre, haciéndole emitir un aullido de dolor.

Otro le golpeó en el estómago, doblándole, con un espasmo de angustia. Tío Doria avisó fríamente:

—Al rostro, no, muchachos. No más golpes ahí. Ese arañazo podrá cubrirlo con esparadrapo cuando actúe. Pero más, no podría. Al cuerpo, hijos. Y dadle bien...

Ingram y Osmond, además de buenos músicos y diestros atracadores, eran también buenos pegadores, evidentemente. Mike Monroe cayó, gimiendo, bajo una lluvia de certeros, fríos y precisos golpes que martilleaban dolorosamente su cuerpo. Cuando empezó a perder el conocimiento, la voz fría, meliflua, de tío Doria, sonó imperativa:

—Ya basta. Dejadle. Es un buen aviso, sin duda. Le hará reflexionar... Vamos, muchachos. Y tú, Mike... recuerda. Mañana hay actuación. Quiero verte allí esta madrugada, para ensayar, en el Centro Electrónico... Nada de líos con la chica, ¿entendido?

Luego se inclinó, sonriente, y le pasó suavemente los dedos por la mejilla. Asqueado, pese a su dolor y aturdimiento, Mike emitió un gruñido y se apartó con violencia... Tío Doria le contempló entre burlón y rencoroso, por entre sus maquilladas pestañas. Se incorporó, hablando despacio:

—Muy bien, Mike, muchacho... Veo que te gustan mucho las chicas... Son tu debilidad, ¿eh? Bien, tu cariñoso tío Doria siempre gusta de complacer a sus chicos. Te haré un favor. Un pequeño favor por el que no espero que me des las gracias... Ingram, hazla pasar. Ya puede ocuparse de Mike... Aliviará fácilmente sus dolores...

Mike no entendió bien, ni le importaba. Su cuerpo era una piltrafa dolorida, en el que cien puntos a la vez le ardían dolorosamente,

allí donde el metal hiciera impacto. Tenía las ropas desgarradas por los pinchos, que en algunos puntos de su pecho y brazos le habían llegado a desgarrar también la piel, ensangrentándole.

Pero al abandonar los tres verdugos la vieja casa del río, un taconeo cercano, suave, se aproximó a Mike. Éste levantó sus ojos, aturdido, tratando de ver algo más que unos zapatos de mujer, unas pantorrillas bien torneadas y unos muslos espléndidos, que la breve falda dejaba exhibir.

No alcanzó a ver mucho más. Los ojos se le nublaron, sintió que todo giraba en derredor suyo, como un torbellino, y tuvo consciencia borrosa de que vomitaba, entre espasmos lacerantes.

Luego, se sumergió en esa vorágine dolorosa, notando de forma difusa que unas manos de mujer tocaban suavemente su cuerpo...

* * *

Despertó, cubriéndose con la sábana el cuerpo desnudo, sangrante, salpicado de vendajes y de apósitos. Un olor a desinfectantes y cicatrizantes le subió de todas partes, incluso de su lacerada mejilla, desgarrada pollas púas de metal.

Emitió un gemido al querer moverse en el lecho donde reposaba. Eso atrajo la atención de alguien. Se abrió del todo la puerta. Asomó la mujer. Mike pestañeó, mirándola.

Era una joven pelirroja. Reconoció sus piernas inmediatamente. La falda corta dejaba ver hasta los firmes muslos bronceados. Eran las mismas piernas bonitas que viera antes de desvanecerse.

—¡Hola, Mike! —dijo ella con una sonrisa—. Soy Saddle. Saddle North. ¿No me conoces?

—No, no te conozco —se quejó Mike—. ¿Qué haces aquí?

—Curarte. Estoy preparando algo para darte a tomar. Necesitas recuperarte.

—¿Quién te envía?

—Tío Doria, naturalmente —ella suspiró, moviendo la cabeza—. No, no digas nada. Sé lo que sentirás. Él es así. Pudo haberte dejado medio muerto, como estabas. Pensó que sería mejor reparar en parte lo hecho.

—¿Y te envió a ti para eso? ¿A una mujer?

—¿Quién mejor? —sonrió Saddle, sentándose en el borde del lecho,

junto a él. Entonces notó Mike que no llevaba sujetador bajo su blusa translúcida. El resultado era incitante—. Parece que te gustan mucho las chicas. Bien. Aquí tienes una.

—Supongo que... para todo servicio —dijo Monroe, con sarcasmo.

—Supones bien —ella se empezó a tender a su lado, estirando las piernas—. ¿Necesitas que alivie tus dolores, querido?

—No, gracias —cortó él secamente, irguiéndose—. No necesitas ir más lejos en el cumplimiento de tu deber. Por bien que te pague tío Doria, hay cosas que una mujer no debe hacer con un desconocido.

—No eres un desconocido. Eres Mike Monroe, cantante de The Silver Computer. Un as del *rock*. Como Roger Daltrey o Gary Glitter... Me gustan los cantantes. Me gustas tú. Acepté porque trabajo para la organización. Pero me gusta el trabajo ahora.

—¿Qué organización? ¿La musical... o los Guerrilleros Simbióticos Alfa, Saddy preciosa? —quiso saber Mike, en tono sarcástico.

—Tío Doria es la organización —le replicó suavemente ella. Luego, le guiñó un ojo y acarició su rostro, sus hombros—. Él es todo, compréndelo. No puedes ir contra él. Nadie puede hacerlo... Mike, descansa ahora. No pienses, no te preocupes. Descansa...

Mike se sintió vencido por la suavidad adormecedora, sedante, de las caricias de aquellos dedos. Cuando quiso darse cuenta, ya no siquiera pensaba en Scarlett, ni en lo que pudiera haber sido de ella. Afuera era noche cerrada, el cuerpo le dolía, y los masajes de Saddy eran diestros, enervantes y cálidos. Luego, fueron sus labios de fuego, húmedos y entreabiertos, los que encontró contra los suyos. Un cuerpo turgente se oprimía contra él.

Mike lo olvidó todo. Todo, menos el cuerpo que tenía entre sus brazos. Y que respondía a su propio fuego, a la pasión despertada en cada fibra de su ser por aquellos dedos femeninos...

* * *

The Who sonaban en la radio. Mike seguía entre dientes su tonada *rock*. Había dejado sobre la mesa la taza de leche a medio consumir. Y también los emparedados. Estaba abotonando su camisa rota y sucia. No tenía otra ropa en aquella casa abandonada. Saddy pisó suavemente a su lado. Se quedó mirándole. Parecía

triste por algo.

—¿Te vas, Mike? —susurró.

—Sí, me voy.

—La noche es larga todavía, querido —murmuró ella.

—Lo sé. Espero que sea lo suficiente para encontrarla.

—¿A... Scarlett, la chica que busca también la policía?

—Sí, a ella —la miró, casi con rencor—. Veo que tío Doria te contó todo.

—Bueno, me puso en antecedentes —movió la pelirroja la cabeza tristemente—. Pensó que yo podría hacerte olvidar. Y yo también lo pensé.

—Es lo malo de los mercenarios, Saddie. Nunca son soldados perfectos. Algo falla.

—Estás hiriéndome a propósito.

—¿A ti? ¿Te duele que te llame mercenaria? Supongo que no me hiciste el amor por romanticismo, ni siquiera por pasión sincera. No viniste aquí por placer o por propia iniciativa. Tú lo dijiste. Tío Doria es la organización. Tú formas parte de ella. Y yo, supongo...

—Mike, no puedes ser tan inhumano —se quejó Saddie North—. Una chica hace ciertas cosas porque se lo ordenan. Es como dedicarse a espía o a cualquier otra cosa. Hay que hacerlo, Mike. A veces, con náuseas. Otras, con indiferencia. Las menos... gustosamente.

—Ya. ¿Cuál es mi caso concreto?

—¿Para qué iba a decírtelo? No me creerías, Mike. Veo que terminó mi trabajo aquí...

—Sí. Lo siento de veras. —Monroe la miró, ceñudo—. Vuelve con tío Doris. Dile que ya aprendí mi lección. Procuraré no meterme en líos. O me meteré en uno tan gordo, que ni siquiera significará mucho verme golpeado por sus gorilas.

—Ten cuidado, Mike. La próxima vez no se limitará a golpear.

—¿Qué hará? —bromeó él—. ¿Ejecutarme, como en los viejos tiempos de Chicago?

—No bromees, por favor —la mano de Saddie se puso en su brazo—. No conoces bien a tío Doria. Es capaz de darlo todo a uno de sus chicos, como él dice. O se convierte en un monstruo de crueldad, cuando alguien pone en peligro su sistema.

—No lo olvidaré. Procuraré ser un fiel guerrillero simbiótico o algo

así... Ahora, vete ya, Sddie. Cumpliste bien tu trabajo. Te felicito. Casi me siento curado y todo.

Ella caminó hacia la salida, mientras Mike, pensativo, tomaba la mochila de Scarlett y comenzaba a rebuscar en ella, en busca de algo. Revisó útiles de todas clases, papeles y objetos personales de la muchacha... La carterita de fósforos cayó sobre la mesa. Apenas si la miró. Acababa de encontrar otra cosa. Un papel viejo, arrugado, que desdobló.

Era la copia de una póliza de seguro.

Leyó la fecha, de algún tiempo atrás. Y algunos detalles saltaron ante sus ojos:

«Asegurada: Scarlett Grooves. Beneficiario: Happy Grooves, su esposo».

Miró la cabecera de la póliza:

«Seguro de Vida Especial

A-3.

Riesgos excepcionales. Tarifa superior

A-1.

Capital contratado: un millón de dólares».

«Riesgos excepcionales previstos: muerte violenta por cualquier motivo o razón, incluso por acción judicial. Internamiento en establecimiento psiquiátrico de por vida...».

Mike tensó su frente, con expresión de horror. El papel tembló en sus manos.

—Ahora creo entender... —susurró roncamente.

Luego, sus ojos se clavaron en un objeto de insignificante apariencia: la carterita de fósforos negra, lustrosa, con un nombre: «La Cueva».

Tomó la carterita entre sus dedos. La puerta golpeó suavemente. Alzó los ojos.

Sddie North, la hermosa mercenaria del amor y la caridad, a

suelo de tío Doria, acababa de abandonar silenciosamente la vivienda. Sin despedirse siquiera con un simple «adiós».

Mike Monroe no se preocupó por ello. La imagen de la pelirroja voluptuosa y espléndida no se había alejado de su mente de modo definitivo.

De nuevo, sólo pensaba en Scarlett. Y en el peligro que podía correr ahora. Cuando él ya sabía que su vida valía para alguien un millón de dólares.

CAPÍTULO VIII

Velda detuvo el coche en las cercanías del local. Contempló el guiño luminoso, color rojo violento, derramándose sobre el asfalto húmedo. Había llovizado, y el suelo de la ciudad mostraba su superficie negra, acharolada, reflejando las luces callejeras. El tráfico era escaso a aquella hora.

La exuberante amiga de Happy Grooves se miró en el espejo del automóvil aparcado, cuyo interior permanecía en sombras. El maquillaje era el adecuado: pálido, marcando sombras y ángulos, para asemejar su rostro al de Scarlett, más enjuto y juvenil. La peluca, al ajustarse a su cabello recogido, aumentó la semejanza, especialmente de noche y con no mucha luz. El resto de su indumentaria era él adecuado: pantalón azul, unos *blue-jeans* descoloridos y deshinchados, una camisa tejana desvaída, mocasines... Sus pechos macizos y opulentos, se prensaban dolorosamente con una faja elástica que la oprimía con fuerza. Había sido la parte más difícil de la caracterización: su seno y su trasero. Pero las fajas especiales podían obrar milagros, al menos durante un corto espacio de tiempo.

Tenía que esperar allí a que Scarlett apareciese y entrara en el local. Happy estaba seguro de que la muchacha acudiría. Esperaba que no fallase el plan.

El local no tenía portero siquiera. Tanto mejor. Pero Velda procuraría ocultarse de todos, mientras fuese Scarlett quien se dejara ver. Sin embargo, sabiendo que era perseguida, Scarlett procuraría protegerse en la oscuridad del local, para no ser reconocida, si es que iba a por «mercancía», al encuentro de Roovy, el traficante. Velda sería la encargada entonces de dejarse ver por todo el mundo, de mostrarse ostensiblemente, para que todo el mundo fuese posterior testigo contra Scarlett...

Los minutos iban transcurriendo. Velda se impacientaba.

Y de pronto...

Una sombra furtiva pegada a las fachadas, eludiendo las zonas de luz de la calle... Una mujer joven, esbelta, ligera de movimientos...

Cabeza cubierta con algo, posiblemente un pañuelo... Y una prenda sobre las ropas tejanas, acaso un impermeable de hombre...

¡Scarlett!

Ella, ocultando su apariencia. Entraría en La Cueva sin que nadie imaginara que era ella. Luego, le tocaría a Velda representar la farsa. La gente tenía que saber que Scarlett estaba dentro del local esa noche.

La figura femenina entró en el establecimiento con la facilidad de quien conoce bien el terreno que pisa. Velda ya no dudó.

Salió del automóvil. Se encaminó a La Cueva.

* * *

Roovy miró su reloj con una sonrisa complacida. Luego frunció el ceño, examinando las escaleras que descendían al oscuro local, alumbrado por velas en las diversas mesas. Un pianista interpretaba música de Tommy, a la espera de actuaciones más estruendosas. La Cueva aparecía muy concurrida a esas primeras horas de la madrugada.

—De modo que ella va a venir esta noche por aquí... —murmuró entre dientes.

A su lado, Happy asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, Roovy. No puede soportarlo sin ingerir algo, ya sea inyectable o bucal... Ya sabes lo que son estas cosas.

—Claro. Pero es un compromiso, Happy. Tu mujer está muy buscada por la policía...

—Lo sé. Tranquilízate. No tiene nada que ver en ese asunto. Mañana podrá probarlo. Yo la ayudaré. De momento, está como aturdida, no sabe lo que hace ni lo que dice... Con la «medicina» espero que se serene. Ha pasado tanto tiempo en la cárcel, alejada de todo esto...

—Bien. Le facilitaré lo que dices. ¿Tú pagas, Happy?

—Claro —el escultor deslizó en la mano del traficante un billete de veinte dólares—. Toma esto a cuenta. Te daré más mañana por la noche. Cuando todo se haya aclarado. Sabes que puedes confiar en mí.

—¡Oh, desde luego!; Happy, amigo —rió, sarcástico, Roovy—. Si no cumples, los «muchachos» se ocuparían de ti. Ya sabes cómo

manejamos estas cosas...

—Lo sé, lo sé. —Happy— suspiró incorporándose. —Ahora te dejo. Ella no tardará en aparecer por aquí. Atiéndela. Lo demás, es asunto mío, Roovy. Adiós, muchacho.

—Hasta mañana, Happy. Y que todo vaya bien —el traficante en drogas agitó su mano, perezosamente, cuando ya el escultor abandonaba presuroso el local, escaleras arriba.

Roovy volvió a mirar su reloj. Eran solamente las doce y media. Tendría que esperar aún a la llegada de Scarlett. Cuando ella llegase, arriba, en el altillo, le proporcionaría la droga anhelada. Sonrió, pidiendo otro combinado, dispuesto a esperar.

* * *

—¿Qué sabes de Saddle, Cooley?

Cooley Osmond dejó de templar su guitarra y miró a tío Doria, pensativo. Se encogió de hombros, manipulando los diales del amplificador electrónico, bajo la cruda luz de la sala de ensayos en el Centro de Música Electrónica.

—Telefoné diciendo que todo había resultado bien. Mike Monroe aceptó el tratamiento.

—Ya —sonrió el afeminado personaje, agitándose en su asiento—. Saddle es experta en convencer a los hombres. Sabía que resultaría. ¿Se ha ido ya?

—Sí. Mike también se iba. Ella no pudo saber adónde, patrón.

—Lo supongo. Va en busca de Scarlett, no hay duda. Ese muchacho no escarmienta fácilmente. Si no está aquí a la hora convenida para el ensayo, le costará caro.

—De todos modos, Mike está portándose mal —suspiró Cooley—. Va a crear problemas, estoy seguro.

—Yo también lo estoy. Tendremos que pensar algo. Mañana, después de la actuación, hay el «golpe» en esa factoría que guarda las nóminas en caja... Si vemos algo raro en él, tendremos que deshacernos de un buen cantante...

—Lástima. —Cooley Osmond sacudió la cabeza, continuando la tarea de afinar su instrumento—. Hubiera sido un buen elemento en nuestra guerrilla, tío Doria.

—Sí, estaba seguro de ello. Esa maldita muchacha lo estropeó todo,

al cruzarse en su camino. Mike es muy sensible a los encantos femeninos. Pero Saddy no puede competir con Scarlett. ¿Y sabes por qué?

—No.

—Es muy sencillo: Scarlett está en peligro. Es una chica desvalida que necesita protección y ayuda. Mike Monroe tiene espíritu de caballero andante, ¡maldito sea! Y eso es lo que le ha deslumbrado en este asunto... De todos modos, creo saber adónde irá esta noche, si mis cálculos no fallan, antes de venir aquí.

—¿De veras?

—Claro —rió tío Doria entre dientes—. He obtenido informes de Scarlett Grooves. Antes de ir a presidio, acostumbraba frecuentar un sitio donde hay drogas y alguien que trafica en ellas... La Cueva se llama ese lugar...

—¿Por qué no ha enviado a alguien a vigilar, si Mike le desobedece de nuevo?

—Mi querido Cooley, ¿crees que soy tonto? —soltó el sofisticado personaje una risita burlona—. Ahora mismo, alguien vigila por orden mía ese local... Y espera la llegada de ambos: Scarlett y Mike Monroe...

—Es usted muy listo, señor —se admiró Cooley Osmond.

—Mucho —se envaneció, agitando sus manos enojadas—. También he dado orden de que den caza a esa chica... y maten a Mike Monroe, si trata de evitarlo.

* * *

Mike Monroe se detuvo frente a La Cueva.

Miró luego en derredor. A la una de la madrugada, todavía era pronto para que se llenara el local. Aun así, en los alrededores del establecimiento nocturno, los coches aparecían aparcados en nutrido número.

Mike siguió adelante, sin vacilar. Estaba seguro de seguir una buena pista. Por un momento, antes de cruzar la puerta de La Cueva, giró la cabeza hacia un punto de la calle, donde le había parecido ver una sombra furtiva, la presencia de alguien.

Pero las farolas del alumbrado público, reflejándose en el asfalto mojado, no le revelaron ya indicio alguno de existencia humana en

derredor, y se resolvió a penetrar en el club nocturno con aire decidido.

Mientras él bajaba los escalones del local, sonó el grito agudo, terrible, allá en el fondo del oscuro local. Mike sufrió una convulsión de repentino terror. Aquel grito de mujer era lo más desgarrador que podía escucharse. Un alarido que hablaba de miedo, de angustia, acaso de muerte...

¡Y era la voz de Scarlett!

—¡Scarlett! —chilló Mike, precipitándose escaleras abajo sin vacilar—. ¡Scarlett! ¿Qué sucede? ¿Dónde estás?

Alcanzó la planta baja, donde todo el mundo, sobrecogido por aquel grito, buscaba con la mirada el origen del mismo. Observó que los ojos se clavaban en el altillo, en la escalera angosta que, al lado opuesto de la de salida, conducía a una planta alta del local, destinada a reservados.

—¡Allá arriba! —dijo un camarero, señalando al altillo—. ¡Ha sido allí! ¡Hace poco una chica rubia, con ropa tejana, subió con Roovy al altillo!

Mike dominó su repentino frío interno. Un temor latente se apoderaba de él ante la inesperada situación. Preguntó roncamente al camarero:

—¿Ha visto salir a esa mujer, amigo?

—No, no... —jadeó el otro—. Ha salido deprisa una señora, pero no era la chica rubia, sino una dama de pelo oscuro, muy llamativa... Roovy y la chica aún deben seguir allí...

Mike no dudó. Corrió escaleras arriba, alcanzó el altillo, corrió de reservado en reservado... hasta encontrar a Scarlett.

—¡Scarlett! —murmuró, sobrecogido.

Ella, como sonámbula, giró la cabeza, le miró... Luego miró de nuevo al suelo, dilató sus ojos terriblemente, y se precipitó en brazos de Mike, con un sollozo y un gemido ahogado, de miedo infinito.

—¡Oh, Mike, está muerto... está muerto! —sollozó—. ¡Y he debido matarle yo!

Mike la tomó contra sí firmemente. Clavó sus ojos en el cuerpo tendido en el reservado. Si era Roovy, el traficante en drogas, estaba muerto y bien muerto. Le habían degollado con una navaja afiladísima, seccionándole la garganta. Yacía en un baño de sangre,

con su boca convulsa y los ojos desorbitados.

* * *

—¡Pronto, escapemos de aquí antes de que sea tarde!

Y con esas pocas palabras, murmuradas entre dientes, Mike Monroe aferró a la joven y tiró de ella, a viva fuerza, arrastrándola fuera del reservado, bajando las escaleras del altillo precipitadamente. Se enfrentó a los camareros y clientes hacinados abajo. Con rapidez, su mente trabajó en ese instante supremo. Nadie sabía, después de todo, lo sucedido arriba. Habló con celeridad, muy sereno:

—No es nada, no es nada... Un ataque de nervios, señores. Arriba hay un enfermo. Llamen a un médico. Yo voy en busca de otro para que atienda con urgencia a esta muchacha. Sí, dejen paso, por favor. Gracias, muchas gracias...

Así, audazmente, con toda su sangre fría, Monroe logró alcanzar la escalera, subirla presuroso con Scarlett junto a él. Y ya en la calle, se lanzó a la carrera sobre el asfalto negro y acharolado, llevando a la joven casi en volandas.

Fue al alcanzar la esquina inmediata, cuando una figura asomó, sobresaltando inicialmente a Mike, que no supo qué hacer y se detuvo, presto a pelear. Pero se encontró ante una mujer.

Una mujer que le indicó presurosa:

—¡Pronto, id por ese lado! ¡Hay gente de tío Doria en esa otra calle, Mike! ¡He visto a dos de sus hombres vigilando!

—Saddie... —Mike la miró, ceñudo—. ¿Cómo viniste hasta aquí? ¿Es una trampa?

—No, Mike. Antes de irme vi cómo mirabas aquella carterita de fósforos... e imaginé el resto —miró con simpatía a Scarlett, y les apresuró—: ¡Pronto, huid por donde he dicho! ¡Me temo que tío Doria ha dado órdenes de eliminarte, Mike!

Monroe no esperó a más. Con un gesto de gratitud hacia la joven pelirroja, se lanzó por la calle indicada, tomando a Scarlett de una mano y tirando de ella con firmeza.

Encontraron un taxi libre, a cosa de doscientas yardas de allí, y lo tomaron sin vacilar. Mike, ocultando contra sí el rostro de Scarlett, por si el taxista recordaba alguna descripción dada por radio o televisión, indicó con voz firme la dirección de un hotel de los

barrios bajos donde se había alojado a veces cuando no tenía trabajo, y en el que no acostumbraban a hacer preguntas. Era otro refugio, que tío Doria no podría localizar con tanta facilidad. Ni tampoco la policía.

Una vez se hallaron allí, y el viejo conserje les facilitó una habitación, sin preguntar nada, sin mostrar libro de registro, pero cobrando al contado cincuenta dólares, Mike aferró a Scarlett por los hombros. La miró fijamente.

Ella, que se había contenido todo aquel tiempo, estalló en sollozos y ocultó su rostro entre ambas manos. Mike notó que tenía salpicaduras de sangre en los dedos.

—Lávate esas manos, Scarlett —pidió—. Luego hablaremos de la muerte de Roovy...

—Oh, ¿para qué torturarnos más, Mike? Yo... yo estaba junto al cadáver...

—Eso no significa nada. ¿Ibas armada? ¿Era tuya la navaja?

—No... no creo —le miró, asombrada—. Yo no tengo... navaja, Mike.

—Lo suponía. Scarlett, trata de recordar. Cuanto puedas. ¿Por qué fuiste a ese local? ¿A pedir drogas a Roovy?

—No. A probarme a mí misma... que podía resistirlo, que no me drogaba nunca más...

—¿Y...?

—Resultó, Mike... Roovy me ofreció su mercancía. Gratuita, ¿sabes? Me quiso inyectar, darme LSD... Le dije que no. No quería nada. Era mi triunfo sobre ese maldito vicio. Pareció enfurecerse por ello. Me agarró con fuerza, metió algo en mi boca cuando quise gritar... Era un polvillo blanco, dulzón... Lo escupí, pero no del todo. La cabeza empezó a darme vueltas, me mareé, noté que todo oscilaba alrededor mío... Fue... fue como si yo misma me desdoblase... Me vi... ¡me vi a mí misma, Mike! Era como si yo no fuera yo, y pudiera verme desde fuera de mi cuerpo, acercándome a Roovy... ¡con una navaja en la mano, sí! ¡Mike, fui yo! ¡Yo le maté! ¡Yo tenía una navaja, me veía a mí misma!

—¿A ti misma? —Mike Monroe sacudió la cabeza—. Sigue. ¿Qué más recuerdas?

—¡Oh, nada! De pronto todo se borró de mi mente... Oí una voz de mujer, creo... Pero no estoy segura... Alguien chillaba. Debía de ser

yo. Y a mis pies... estaba Roovy. Muerto...

—Scarlett, hay algo oscuro en ese relato. Nadie se ve a sí mismo, por drogado que esté. ¿No estás segura de haber visto a otra mujer, a alguien que se vistió como tú? Porque, a lo que veo, llevas un pañuelo a la cabeza, te cubres con un impermeable viejo que tomaste de mi casa... Scarlett, esto es importante... ¿Cómo te viste a ti misma? ¿Con estas mismas ropas?

—No, no... Tal como yo voy siempre... Tejanos... camisa azul... El pelo rubio, suelto... Los mocasines... Sí, así me vi... Parecía deformarme, engordar incluso...

—Lo suponía —restalló la agria voz de Mike Monroe ahora—. Scarlett, has sido víctima, una vez más, de un cruel engaño criminal...

—¿Un... engaño? —vaciló ella, asombrada.

—Eso es. Otra mujer, ¿entiendes? Vestida como tú. Con peluca, con tus ropas... Alguien más gruesa que tú, que disimulaba su cuerpo... Armada con navaja. Ella... ¡ella mató a Roovy! Y dejó la navaja allí, escapó, despojándose de su peluca, de sus fajas... Los camareros vieron salir a una mujer de pelo oscuro, llamativa... ¿Sabes quién, Scarlett?

—No, Mike, ¿cómo... puedo saberlo? —Le miró ella con estupor.

—Está claro todo. El hombre a quien creíste herir seriamente... Por ese motivo te encarcelaron. Tú no lo hiciste. Todo era un complot. Como éste de ahora, Scarlett...

—Pero un complot... ¿de quién? ¿Por qué? —gimió ella.

—De la única persona que se beneficia si tú mueres... o eres internada de por vida. ¡Happy, tu marido!

—Happy... No es posible... Él no se beneficiaría en nada...

—¿Has olvidado esto? —Mike le tendió el viejo papel doblado—. ¡Tu seguro de vida!

—El seguro... ¡Oh, Mike!; hace mucho de esto. Ya no tiene validez... Nunca pagué las cuotas...

—Pero él sí, estoy seguro. Este seguro aún está en vigor. Y es la razón por la que pretenden destruirte Velda y él. ¿Entiendes ahora? Una mujer morena, llamativa, de formas más opulentas que tú...

—¡Velda! ¿Pudo... pudo ser ella?

—Seguro. Fue ella. Se dejó ver con tu aspecto. Ahora, todos sabrán que Scarlett estuvo en La Cueva. La policía dará orden de caza sin

cuartel. Es un maldito complot.

—¿Cómo demostrar mi inocencia, Mike?

—Sólo existe un medio: que ellos confiesen su culpa. Hay que intentarlo.

—Pero... pero están también los chicos de las motocicletas, los que me atacaron al salir de la prisión...

—Era una banda juvenil. Debieron morir en un encuentro con sus rivales. Eso fue solo accidental, pero vino a complicar tu situación. Una maldita coincidencia que les fue muy bien a esos dos canallas...

—Dios mío, es una historia monstruosa. ¿Cómo puede haber tanta maldad?

—No lo sé, Scarlett. Pero voy a tratar de sacarte a flote como sea. Y sólo existe un medio de lograrlo: atacar en su propio terreno al enemigo. Eso, o damos por vencidos. Y ello significaría tu internamiento o tu perdición. Y quizá la mía, por complicidad... Vamos, Scarlett. Lo que sea, hemos de hacerlo esta misma noche, antes de que se deshagan de las pruebas...

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas?

—Es evidente: las fajas, la peluca rubia, tus ropas, tus mocasines... Todo cuanto Velda y Happy utilizaron para presentarte como culpable de asesinato...

—¿Crees que lograremos algo, Mike?

—No lo sé. Pero no tenemos otra salida. Serénate, Scarlett. Luego... iremos en busca de esa siniestra pareja. Pero antes, déjame que me libere de otro lastre que pesa sobre mi conciencia, querida...

Y ante el asombro de Scarlett, Mike se encaminó al teléfono de la triste habitación del miserable hotel, lo descolgó y pidió línea con el exterior. Luego, marcó el número de la policía...

—Departamento Central de Policía —informó una voz al otro extremo del hilo.

—Escuche: habla Mike Monroe, cantante del grupo The Silver Computer. Tengo que denunciar un atraco y un asesinato, cometidos en mi presencia. He sido amenazado para que no revelase nada de cuanto sé. Los miembros de ese conjunto musical, y su director, Doria Shavelson, son los componentes del llamado Grupo o Guerrilla Simbiótica Alfa... Déjeme terminar, por favor; encontrarán las pruebas en el Centro de Música Electrónica. Y en el

microbús de la organización. Bajo los asientos hay unas trampillas donde se ocultan las armas automáticas de esos guerrilleros. Sí, soy Mike Monroe. No hablé antes por miedo. Si debo pagar alguna deuda a la justicia, lo haré gustoso. Buenas noches, agente. No demoren la captura de esa gente. Es muy peligrosa.

Colgó. Scarlett le miraba con profundo asombro y temor.

—Mike... —susurró—. Tienes demasiados problemas para mezclarte en los míos...

—No te preocupes, querida —sonrió él—. Ahora ya me siento mucho más liberado, más tranquilo. Lo estaba necesitando. Vamos. Hay que resolver ahora tu propio dilema...

CAPÍTULO IX

Las esculturas, como monstruos de piedra y metales retorcidos, formaban un extraño conglomerado en la vasta sala bien iluminada. Era como un panteón destinado a monumentos funerarios absurdos y sin sentido. Había allí algo del frío y de la rigidez de un camposanto.

Happy, muy pálido pero sereno, contempló fijamente a Velda, en tanto ésta se deshacía de la última prenda de su disfraz, y tomaba una especie de batín blanco, de trabajo en el estudio, para cubrir precariamente sus formas agresivas, dejando al descubierto inevitablemente sus muslos y parte de las caderas, así como su poderoso seno. Estaba muy pálida, y su firme carne vibraba con temblores.

—Acabemos de una vez, Velda —masculló su amante—. El juego ha salido perfecto. Toda la ciudad busca ahora a Scarlett, acabo de oírlo por la radio. ¿Cómo tardaste tanto en regresar? Pudo ser peligroso, vestida de ese modo...

—Creo... creo que me extravié —musitó Velda roncamente—. Luego, tuve que tomar algo, un trago para reanimarme, para recuperar la serenidad...

—Pues no pareces demasiado serena. ¡Tomar un trago! Es muy arriesgado que te hayan visto en alguna parte...

—No temas. Lo pedí desde el coche. Me lo sirvieron sin verme, apenas... ¡Oh, Happy!; estoy asustada, muy asustada...

—Vamos, vamos, no seas tonta —rió él, entre dientes—. ¿Ahora que todo ha resultado? Estuve de charla todo el rato en el bar cercano, con el policía de servicio, ese irlandés pecoso... Mejor testigo para mi coartada, imposible. Mientras tú liquidabas a Roovy, yo charlaba tranquilamente con ese irlandés...

—¡Happy, escúchame de una vez! —sollozó Velda—. Tienes que saberlo...

—Saber... ¿qué? —indagó él, ceñudo.

—Lo que ha sucedido, Happy. Ese horrible crimen... Roovy degollado, bañado en sangre, como un cerdo... Algo espantoso...

—Lo imagino, querida. Era una dura prueba. Pero eso nos reporta un millón de dólares. ¿No valía realmente la pena? No irás a amedrentarte ahora, que todo está hecho, y tú realizaste la peor y más difícil parte...

—¡Happy, eso es lo que te quiero decir! Que yo... yo ¡no lo hice!

—¿Eh? —Su amante la miró, perplejo—. ¿Qué mil diablos quieres decir con eso? ¿Qué es lo que no hiciste, Velda?

—¡Matarle! ¡Yo... yo no toqué siquiera a Roovy! ¿Lo entiendes?

—Infiernos, no... No puedo entenderlo... Velda, estamos solos los dos. Nadie nos oye. ¿Cómo se te ocurre decir esa tontería? ¿Quién si no tú... iba a degollar a Roovy?

—Happy, fue ella... Scarlett misma degolló a Roovy... ¡Te lo juro! Lo hizo delante de mis propios ojos... Me arrancó la navaja de la mano, saltó como un tigre sobre él... ¡y le segó el cuello, de oreja a oreja, balbuceando frases increíbles de odio y de obscenidad!

Un silencio saturado de horror se desplomó sobre el estudio de escultura moderna, sepultando con su paso a los dos personajes de la tragedia, mirándose incrédulamente.

—¡Scarlett! —jadeó el escultor, con los cabellos erizados—. Ella... De modo que ella fue, después de todo...

Ella quien mató a los tres muchachos de las motocicletas... ¡Hemos querido tender una trampa, no a una persona inocente, sino a la verdadera asesina!

* * *

Mike Monroe giró la cabeza, sacudido por un espasmo de horror. Sus ojos dilatados, incrédulos, buscaron los azules de su joven amiga...

En aquel rostro lívido, crispado, sorprendido, que tenía junto a sí, leyó emociones, pasiones y frustraciones que jamás imaginara.

—Scarlett... —susurró, en la penumbra del jardín, tras la vidriera del estudio—. No es posible... Tú no has podido...

—Mike, te equivocaste conmigo... —le sonrió extraña, ferozmente, con ojos fulgurantes—. Ahora, sí... Ahora lo recuerdo todo... ¡Lo recuerdo muy bien!

Y con una carcajada demoníaca, estremecedora, que no parecía surgir de una garganta humana, y menos aún de la de una mujer

joven y delicada como ella, Scarlett se precipitó sobre la puerta vidriera entornada, desgajó violentamente sus cristales, y sin que Mike pudiera evitarlo, penetró en el estudio, haciendo girar la cabeza, mudos de horror, a su esposo y a la amante de éste...

—¡Scarlett! —chilló Happy—. ¡Cielos, no...!

Velda gritó algo entre dientes y trató de echar a correr. Scarlett había tomado un voluminoso, potente formón de trabajar en las esculturas, y con aquel arma terrible, se precipitó sobre la pareja siniestra.

No pudieron evitarlo. Era como enfrentarse con una furia desatada. El formón cayó sobre la nuca de Velda, cuando ella intentaba escapar. Se hundió hasta la empuñadura en las vértebras de la infortunada, con un chasquido alucinante. Se desplomó, con su cabeza bailoteando, la sangre fluyendo copiosa de la nuca rota.

Aterrorizado, Happy intentó aprovechar ese momento para atacar a su esposa y abatirla. Para ello, tomó un bloque de piedra gris, con la que intentó aplastar la cabeza de Scarlett. Ésta saltó ágilmente de costado, como un felino, y la piedra rodó lejos. En la mano de Scarlett, aparecía el formón ensangrentado, tras ser arrancado de la terrible herida de Velda. Lo lanzó con fuerza, sobre el pecho de su esposo. Logró hincarlo en su corazón y pulmones, desgarrándolos mortalmente. Happy Grooves exhaló un alarido de agonía, la contempló despavorido, y cayó de bruces, aferrando el formón, que aún se hincó más en su cuerpo.

Un silencio mortal siguió al estallido atroz de sangre y de violencia, en medio de la obsesiva pesadilla de las esculturas modernas, incongruentes. Los cadáveres de Happy y Velda parecían tan absurdos y retorcidos como los hierros de las obras de arte del hombre muerto...

—Scarlett... —musitó Mike Monroe, muy pálido, avanzando hacia ella—. Scarlett, ¿eras tú, después de todo? Eres la culpable... Mataste a los muchachos... a Roovy...

—Sí, Mike —asintió ella penosamente—. Ahora lo veo. Cuando Velda habló... lo recordé todo...

—De modo que había dos personas en ti... Esquizofrenia, Scarlett... No podías recordar que eras una asesina. Una mujer que, con tu desdoblamiento de personalidad, te transformas en una persona vigorosa, cruel, despiadada...

—Odio a los hombres, Mike. A todos...

—Los odias porque sufriste un trauma del que nunca sanaste realmente... Ahora lo veo claro. Ese mal está en tu mente... En tu cerebro, Scarlett... Odias porque crees en tu subconsciente que todos los hombres somos como el que te atacó en tu adolescencia, como esos jóvenes que, al drogarte, no comprendieron que te daban en bandeja la posibilidad de ser «la otra» que eras... Una mujer feroz, capaz de abatir a tres muchachos fuertes, capaz de degollarlos a todos... y despertar luego, sin saber qué había sucedido con exactitud... Un antiguo complejo que tiñó de sangre tu vida... Scarlett, ahora has roto las barreras entre tus dos personalidades... ¿Qué vas a hacer?

—Destruirlo todo —silabeó ella, mirándole con expresión de intenso odio—. Mike, tú serás como los demás, seguro. Buenas palabras, sonrisas... pero estarás deseando destruirme en tu beneficio, poseerme como una victoria del macho...

—Scarlett, no sabes lo que dices. He tratado de ayudarte en todo...

—Mientes. Todos mentís, Mike... —Aferró ahora otro formón, y miró con crueldad al joven cantante—. No puedo correr el riesgo... de que seas como los demás. No abusarás de mí jamás...

—Scarlett, yo... yo hubiera sido gustoso tu marido... de haber sido todo diferente.

—No voy a creerte. Además, ha sido diferente. De modo que eso no cuenta ya. Mike... tienes que morir. Como Happy, como Velda, como Roovy, como aquellos bastardos, como todo el mundo...

—Scarlett, por favor... —Trató Mike de acercarse a la joven.

—¡No me toques! —aulló. Y levantó el formón, para arrojarlo sobre Monroe con todas sus fuerzas.

A tan corta distancia, le causaría inevitablemente la muerte...

* * *

Crepitó la metralleta súbitamente.

Fue un tableteo sordo, siniestro, demoledor. Saltaron vidrios, fragmentos de piedra, hubo rebotes de balas en los hierros retorcidos de las esculturas...

Cosida a balazos, convertida en una sangrante criba, Scarlett se desplomó ante los ojos incrédulos de Mike, quizá sin llegar a saber

qué sucedía exactamente, qué nueva fuerza del destino terminaba fatalmente con su sangrienta existencia entre la razón y la demencia.

—¡Scarlett, Dios mío...! —Mike se volvió, alucinado, la cabeza entre ambas manos, mirando a la puerta que comunicaba el estudio con el jardín.

Allí estaban ellos. Tío Doria y todos los demás: Cooley Osmond, Ingram... Los músicos del conjunto *rock*. Los miembros de la Guerrilla Simbiótica Alfa... Músicos y asesinos, todo en una pieza. Personajes de una delirante y absurda ópera *rock*.

Sólo tío Doria empuñaba una metralleta. Ésta humeaba, tras la ráfaga lanzada sobre la muchacha. Mike les miró tristemente, sintiendo una rara amargura dentro de sí. Y una total indiferencia por su propia vida.

—¿Por qué? —murmuró—. ¿Por qué lo hicieron?

—Ella iba a matarte, Mike —le recordó, afablemente, el homosexual—. Veo que ya hizo correr demasiada sangre... Tu amiguita era de cuidado.

—Era una pobre enferma. Su lugar era un manicomio, no una cárcel ni las calles de una ciudad. La justicia tiene a veces la culpa de cosas así. Pudieron curarla... y no supieron ni quisieron.

—Déjate de filosofar, Mike, muchacho —sonrió risueñamente Doria Shavelson—. Vamos de aquí antes de que sea tarde... El estruendo de los disparos podría atraer a la policía...

—Pero ¿por qué, tío Doria? ¿Por qué la mató usted? ¿Le importa acaso mi vida? ¿No ha pensado matarme a mí también? No tiene objeto, en tal caso, salvarme ahora...

—He reflexionado sobre ti, muchacho —le miró el hombre con un morboso interés que repugnó a Mike—. Creo que voy a darte otra oportunidad. Una más. La última. Puedes sernos muy útil, estoy seguro... Por eso vinimos aquí, a vigilar la casa del marido de la chica. Sabíamos que, tarde o temprano, vendrías aquí... Quería hablarte, ofrecerte esa oportunidad de continuar con nosotros, de hacerte rico... Me caes bien, Mike, hijo...

—Usted a mí, no —cortó Monroe secamente, dominando su náusea—. Déjeme en paz. Me voy. Iré a la policía. Les diré todo lo que sé sobre todos ustedes. Todo, ¿entiende?

—No, Mike —le miró, entre patético y furioso—. Tú no harás eso...

—Se equivoca. El juego ha terminado para mí. Quizá también para usted.

—No te marches —silabeó, al verle caminar hacia el jardín—. Debes quedarte. O dispararé sobre ti, Mike Monroe.

—Muy bien. Dispare.

Un paso. Otro, otro... Ya pisaba el jardín.

—¡Mike! —amenazó el gigantesco homosexual—. ¡Atrás! ¡Quieto ahí! Aún es tiempo, muchacho. No quiero hacerlo...

—Comete un error. Voy a la policía, recuerde.

Los músicos se miraron. Tío Doria alzó su arma. Apuntó a la espalda de Mike.

—Tire, tío Doria —dijo otra voz en el jardín—. Tendrá que matarme también a mí.

—¡Saddie! —aulló el jefe de la guerrilla criminal, con incredulidad, al reconocer la figura de la muchacha—. ¿Te has vuelto loca? ¿Qué pretendes tú ahora?

—Acompañar a Mike. A la vida o a la muerte, tío Doria —sonrió Saddie North, acercándose a Mike. Luego se paró, le tendió sus manos—. Mike, sé que no sientes nada por mí. Pero yo sí me siento atraída por ti. Quiero ayudarte. Y si no... morir.

—Saddie, es un error —avisó Mike, indeciso—. Tú no. Ni siquiera me conoces... Sólo obedeces órdenes...

—Ya no. Tú te liberas valientemente. Es lo mejor que se puede hacer. Yo también me libero. De una o de otra forma. Ven, Mike. Si no dispara, existe una posibilidad para ambos. No te pido nada. Sólo ayudarte...

Mike la miró, pensativo. Asintió luego. Echó a andar, sonriente. Ella también sonrió.

—¡Vosotros dos! —rugió tío Doria—. ¡Venid! ¡Es la última advertencia!

No volvieron. Mike siguió caminando hacia ella...

Tío Doria alzó su metralleta. Su dedo tembló en el gatillo...

* * *

El tableteo siniestro del arma automática, una vez más, atronó el jardín con sus espasmódicos estruendos. La muerte llegó, envuelta en un chorro de proyectiles.

Pero ahora no era la metralleta de Doria Shavelson la que disparaba. Era otra arma automática, desde la espesura del jardín. Tío Doria exhaló un alarido inhumano, casi salvaje. Su corpachón se agitó, en un bailoteo grotesco, cuando los proyectiles se incrustaron en sus chillonas ropas de gay power. La sangre saltó de su cuerpo, salpicando muros y arbustos, vidrios y esculturas.

Era el final del apoteosis sangriento en el estudio de Happy Grooves. Doria Shavelson fue dando volteretas, hasta quedar inmóvil, encogido, contra una de las absurdas esculturas de Grooves. Allí se fue desangrando lentamente, con sus ojos desorbitados, fijos en la nada.

Cooley, Ingram y los demás se apresuraron a alzar sus brazos, entregándose. Numerosos agentes de policía, todos armados, surgieron de entre los arbustos, rodeando el lugar y reduciendo a los criminales.

Mike suspiró, contemplando al oficial uniformado que esgrimía la metralleta. A su lado, un hombre de paisano contemplaba ceñudo la escena. Luego, se acercó a Mike con unas esposas.

Monroe extendió sus brazos. También Saddie North.

El teniente Murray contempló a ambos, pensativo. Luego sacudió la cabeza, guardando las pulseras de acero.

—No —dijo—. Con ustedes dos no hará falta... Recibimos su aviso, Monroe. Y el suyo, Saddie North... Ambos parecieron ponerse de acuerdo en denunciar a esa gente y liberarse... Hicieron bien. Lástima que, por lo que veo, llego tarde al desenlace del caso Grooves.

—Teniente, yo no participé en el atraco. Pero debí hablar antes...

—Quizá. Ya ha tenido valor al hablar ahora. Vienen ambos detenidos, claro. Sin embargo, creo que pronto quedarán libres de todo cargo, muchachos...

Echaron a andar con la policía. Tras ellos, venían los miembros de la Guerrilla Simbiótica Alfa, convenientemente esposados y vigilados. Mike Monroe miró a Saddie North. Ella no le quitaba los ojos de encima.

—¿Por qué, Saddie? —quiso saber—. Te lo jugaste todo a una carta... ¿Qué te impulsó a ello?

—Tú, Mike.

—¿Yo?

—Para ti solamente fui... lo que he sido siempre con tío Doria: una mercenaria. Pero tú fuiste mucho más para mí. Sé que no soy la clase de chica que te atrae ni te conviene. Pero quise ayudarte.

—Y lo lograste. —Mike la miró fijamente—. Saddie, lo cierto es que casi me enamoré de Scarlett... y eso me cegaba un poco. Pero siempre me gustaron las pelirrojas.

—¿De veras? —sonrió ella.

—Sí, de veras. Creo... creo que podemos ser buenos amigos, Saddie.

—Eso ya es un buen principio, Mike.

—Sí, es un principio, cuando menos. Sólo un principio. Después...

—Se encogió de hombros—. Después... ¿quién sabe?

Ella asintió, esperanzada. Temblaban sus labios.

—Sí, Mike... ¿Quién sabe? —musitó como un eco dulce y suave, que era toda una esperanza también para Mike Monroe.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] La mención de calles, avenidas y parques, así como sus nombres, son totalmente caprichosos, siguiendo unas normas habituales en cualquier ciudad norteamericana, ya que es propósito del autor presentar la acción de su relato en una población absolutamente imaginaria, de un estado de la Unión que tampoco se especifica. (N. del A.). < <